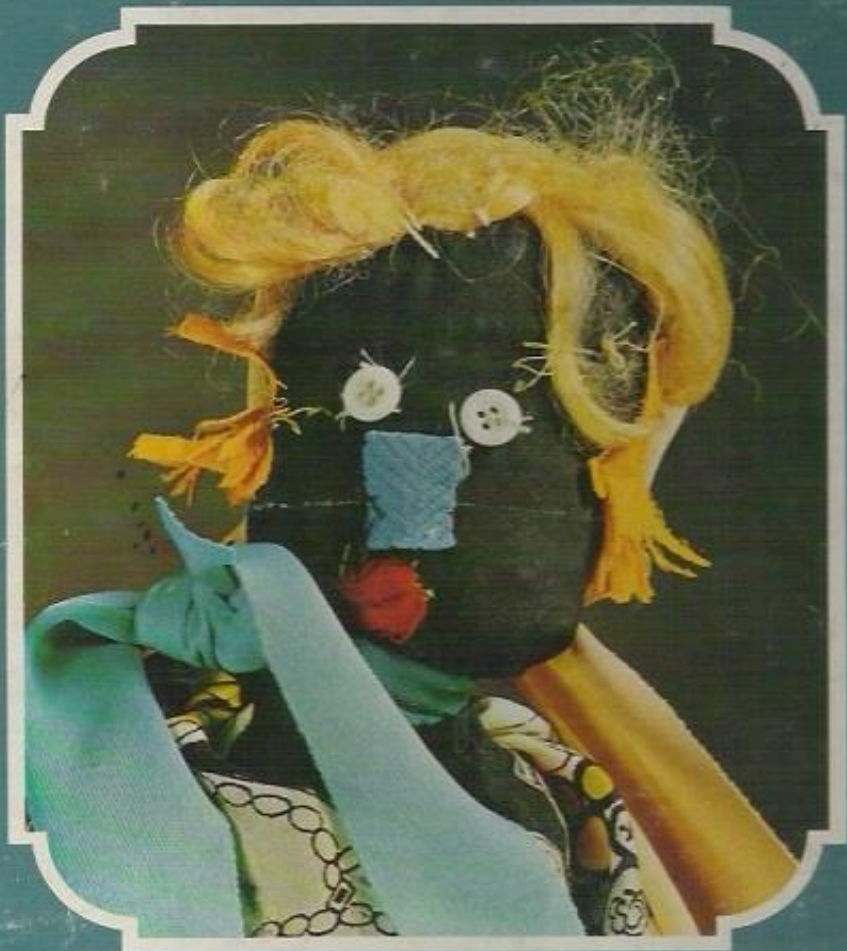


VIDA PRIVADA DE LAS MUÑECAS DE TRAPO

POR AQUILES NAZOA







VIDA PRIVADA
DE LAS
MUÑECAS
DE TRAPO



POR
AQUILES NAZOA



EL AUTOR DE ESTE LIBRO

Aquiles, mi tío, se parece a los días del invierno, a los circos de pueblo, a las hojas del otoño y a los zapatotes de Chaplin. Durante un año traté de escribirle, y nunca se me ocurrían cosas lo suficientemente hermosas o interesantes; así que me inhibía, porque frente a los escritores generalmente nos sentimos obligados a utilizar nuestra mejor voz, no sé por qué diablos. Y ahora acabo de darme cuenta que ya escribí esa carta, hace un año. Era otoño en Roma y llovía muy fino, muy callado, como debe llover la ciudad más dulce de Europa. Y yo estaba marchándome en un tren, hacia un lugar desconocido. Había caminado todo el día bajo el aguacero para despedirme de Roma, porque hubiera querido quedarme para siempre. Fui por la tarde a los jardines de la Villa Borghese y descubrimos allí una fuente cubierta de musgo, donde el agua caía desde la mano de un niño hasta el camino, cantando. Por eso estábamos tristes, por dejar la ciudad. Y cuando vimos que las luces se alejaban, comencé a pensar en una carta para él, que debía comenzar así: a Aquiles sólo es posible dirigirle una carta desde los largos, tristísimos trenes que cruzan la noche...

Por lo tanto, esperaré a que volvamos a vernos y entonces hablaremos. Le gustará saber, y al mismo tiempo lo pondrá muy triste, que tiene razón en una gran parte de lo que piensa sobre el mundo.

No, no puedo escribirte. Contigo hablo cada día, con la tristeza de los pensionados, con la cola de los perros viejos, con tu lengua ácida y tu corazón con medias acordonadas. Querido mío, que me enseñas, sin hablar, a defender el sagrado derecho de ser cursis y decir: estás en mi corazón, relojera tonta, bicicleta de diez ruedas.

Te amo, tonto hermoso que quieres ser amargo, amargo hermoso que te enfermas de tierno. Yo, tú Dacha que nunca te lo dice.

Claudia Medvedov.





IN MEMORIAM PATRIS MEI CIRCUMROTANTIS HIC LIBER CONSECRATUR.

La ingenuidad no es un privilegio exclusivo de los niños; el pueblo también expresa su ingenuidad a través de muchas

manifestaciones, costumbres y tradiciones, las cuales constituyen un patrimonio cultural inapreciable que merece ser preservado y difundido

La artesanía popular, en su típica autenticidad, tiene muchas veces ese carácter ingenuo, además de sus cualidades de belleza y funcionalidad. Las obras

y entre estas los juguetes- que salen de las manos de los artesanos son una expresión válida de cultura y las muñecas de trapo son un elocuente testimonio de imaginación e ingenua originalidad.

Pero las muñecas de trapo tienen algo más que su creación artesanal; cada personaje representa un pueblo, una localidad, una historia, un rito, una indumentaria y todo ello forma parte del folklore nacional.

Por ser la artesanía y el folklore actividades que expresan lo verdadero y auténtico de cada pueblo y por lo tanto deben ser promovidas y estimuladas por la Corporación de Turismo de Venezuela y por ser las muñecas de trapo un regalo tradicional en nuestras festividades navideñas, presentamos esta edición “Vida privada de las Muñecas de Trapo”, como una expresión de la integralidad que tiene la verdadera dimensión del Turismo.

Frank Briceño Fortique



Olían a hierbabuena, y eran serenísimas y profundas, aquellas casas en que las gentes de Caracas vivíamos cuando yo era niño. En los días de lluvia poníamos para recibir el agua que caía de las tejas, una hilera de perlas a las que el desacompasado tamborileo de los goterones arrancaba una música que nos ponía muy tristes y nos amodorraba el corazón. En los sinuosos dibujos que se alineaban como delicados tatuajes a lo largo del seco piso de cemento, el tiempo abría misteriosas grietas, de las que brotaban unas pequeñísimas plantas que junto con las que revestían la piedra del tinajero con su apiñatada profusión de vinagrillos y helechos, de musgos que se sugerían al tacto como la piel del agua, le infundían una recatada emoción de paseo por el campo, a la cotidiana excursión de nuestros ocho años por el país de las hormigas. En uno de los patios, un estanque de esponjado contorno inauguraba a nuestros ojos en la escenografía cambiante de las nubes. De lo alto de su encopetado adosamiento a la pared, descendía cada cierto tiempo una perezosa gota de agua que convertía en un espejo tembloroso el reflejo del cielo. La casa adoptaba una atmósfera de iglesia en el comedor, bajo el régimen de colores que difundía la romanilla de vidrios multicromos, atravesada la cual se



asoleaba el amplísimo espacio de suelos jabonosos, donde expandían su blancor de nevada reciente las ropas embostadas. Allí se abría como un apenumbado depósito de misterios el cuarto de costura, anunciando al oído el trabajo taquicárdico de la máquina de coser, por un sonido asordinado y continuo que a los niños nos recordaba el paso de trenes distantes o lejanos aguaceros. Arqueado su delgado cuerpo en actitud unciosa que se parecía a la de los ángeles del Nacimiento, allí permanecía día y noche la tía de la casa cuya especialidad era moler colores. Un maniquí de robusto empaque, erigía su impresionante tronco sin miembros al extremo de una trípode cuya proyección en columna le confería no sé qué medroso aire de fúnebre candelabro. Nuestra imaginación de muchachos que ya habíamos conocido nuestras primeras plazas, se complacía en comparar aquella figura impasible y sombría, con la majestad de un monumento público, suerte de embalsamado fantasma, allí colocado especialmente para asustarnos cuando ingresábamos en el jardín de los retazos.

Amábamos más que a ninguna otra parte de la casa, aquel recinto en cuya intimidación flotaba constantemente la fragancia a agua de colonia de las telas nuevas. Con sus femeninas gavetas repartidas en tres de cada lado, con sus enrejados parales concebidos en el estilo ornamental del Art Nouveau, con los rameados y viñetas en color de oro que miniaban la parte superior de su cuerpo diseñado para insinuar el contorno de un delfín o fantasmagoría hebra



de hilo de coser puede servir para salvar a todo un pueblo. Aprendíamos junto a ella a amar lo bello del mundo en la insignificancia de unos parches de tela pintada, y nos aleccionaba en la secreta significación de los retazos. Para liberarnos del soterrado temor que invenciblemente nos sobrecogía en la presencia de aquel oscuro maniquí, nos inició sin proponérselo en el milagro de humanizar las cosas mediante los oficios del arte. Era cuando, impulsada tal vez por la nostalgia de una infancia que todavía alentaba en algún rincón de su femineidad desgastada, nos proponía jugar con ella a lo que llamaba "vestir al maniquí de primavera". De las gavetas de su máquina brotaban entonces como los arrugados pétalos y ramilletes de una floristería en derrota, los ofuscantes colores del moaré o del raso, las panas iridiscentes, los retazos que sobraron de algún luto o de alguna mortaja, o el morado en que se cortaban las camisolas para la promesa del Nazareno. Recamado con aquella desordenada versicromía de los trapos, adquiría el maniquí la apariencia de un árbol díscolamente florecido, o de una criatura proveniente de aquellos cuentos cuyos personajes son espantapájaros que cobran vida al roce del amor, o sin la música de Mozart parientes del legendario Papageno. El hilo y sus transfiguraciones utilizados como materia de arte, la evolución de sus despojos en formas por las que el hilado y el tejido se levantan de su sepultura en los basureros para resucitar en



mágicas reencarnaciones: tal era la lección de biología estética que nos dictaba desde su máquina de coser, la tía de la casa, en los airosos rabos de mono con que tan dadivosamente proveía nuestros papagayos, o en las cuadrículadas colchas de retazos que nos servían para ilustrar nuestros sueños con imágenes de calcomanía. Y aquel aprendizaje de creatividad y belleza adquiría para nuestra niñez una singular emoción, cuando para recreo de nuestras hermanas, asistíamos al nacimiento de las muñecas de trapo. Gestadas en recinto de tan tierna significación como es en todas las casas el cesto de costura, nos parecían las de trapo como las más humanas de las muñecas. Ningún otro proceso del trabajo artesanal, se parece a la idea de gestación como el de una muñeca de trapo. Los desordenados retazos y la hebra de hilo de que van a nacer no son apenas sino sus elementos embrionarios: son el femenino calor y el amoroso sentimiento resumido en la mano que las modela, los que verdaderamente deciden en ellas una anatomía y una fisiología, los que como en una morosa evolución de partogenesia, les comunican corporeidad y aliento humano. Ocupación casi siempre remitida al mundo de las mujeres ancianas y solitarias, en su confección realizan idealmente las hacendosas abuelitas y tías de la casa, su anhelo o nostalgia de compañía. Y el efecto primoroso que les prodigan, repulgándolas con los puntos más delicados de la aguja, paramentándolas con los atavíos más pomposos,



las sugieren, entre sus manos, como sucedáneos del hijo que no tuvieron o que han perdido. Impregnadas de alma hogareña, engendradas en el seno de tan tibios claustros, también están hechas las muñecas de trapo con materia de recuerdos, con vestigios del trabajo humano, en los que están presentes el amor, la muerte, el sufrimiento, el gusto o la riqueza. Contra la fastidiosa monotonía de esos productos de la muñequería industrial que sólo saben decir mamá, hay en el astroso corazón de cada muñeca de trapo un subrepticio depósito de poesía; una vida privada en la que se entretajan los pedazos de muchas vidas. En aquellas que nos contemplan con sus inquietantes ojos desde el arte de Armando Reverón, ¿no siente uno la turbulenta presencia de aquella alma que pareció inventarlas para desahogar en ellas su inmensa carga de demonios? En muchas tardes de coloquio que pasé junto al grande artista, se completó mi largo curso de especialización en el arte de hablar con las muñecas de trapo, el que comencé en aquella casa de mis ocho años, cuando aprendí que también las máquinas de coser poseen un lenguaje secreto.

Y de las fábulas que entre todos nos contábamos, de aquel cuarto de la costura donde me fue dado conocer el alma angélica del hilo blanco, la íntima música de los dedales y el origen acuático de las agujas, surgen las páginas de este libro, como los últimos retazos que florecieron en la penumbra de aquel cuarto encantado.

P. 18
REZO EL CREDO



P. 24
EL NIÑO
QUE YO ERA



P. 32
MI MADRE



EN UN PUEBLITO
DE RECUERDOS

P. 38
LA MAMA DE
MATEO MANAURE



HABLA
EL LENGUAJE
DE LOS PAJAROS

P. 44
COMPRANDO



FRUTAS

P. 60

LA NIÑA,
EL POZO,
EL GATO,



EL COJIN
BAILADOR
Y LAS SIETE
PIEDRITAS

P. 74

HISTORIA
DE UN CABALLO



QUE ERA
BIEN BONITO

P. 88

PASA



MI PADRE

P. 92

MI PAPA
ME CUENTA



UN CUENTO
DE ANIMALES

P. 100
DON
INOCENCIO
UTRERA



ME CUENTA
UN CUENTO

P. 108
UNAS
MUCHACHAS



Y SUS
CASAS

P. 118
SONIA
ESCRIBE



UN
POEMA

P. 122
FLORENCIA
LE ENVIA



SU RETRATO
A UN AMIGO

P. 132

ESCRIBIMOS
CON JUAN CARLOS
UNA CANCION



EN EL ESPEJO
DE ALICIA

P. 134

LLEGA



LA CHOLITA

P. 136

ROQUIL



P. 156

DECLARACION

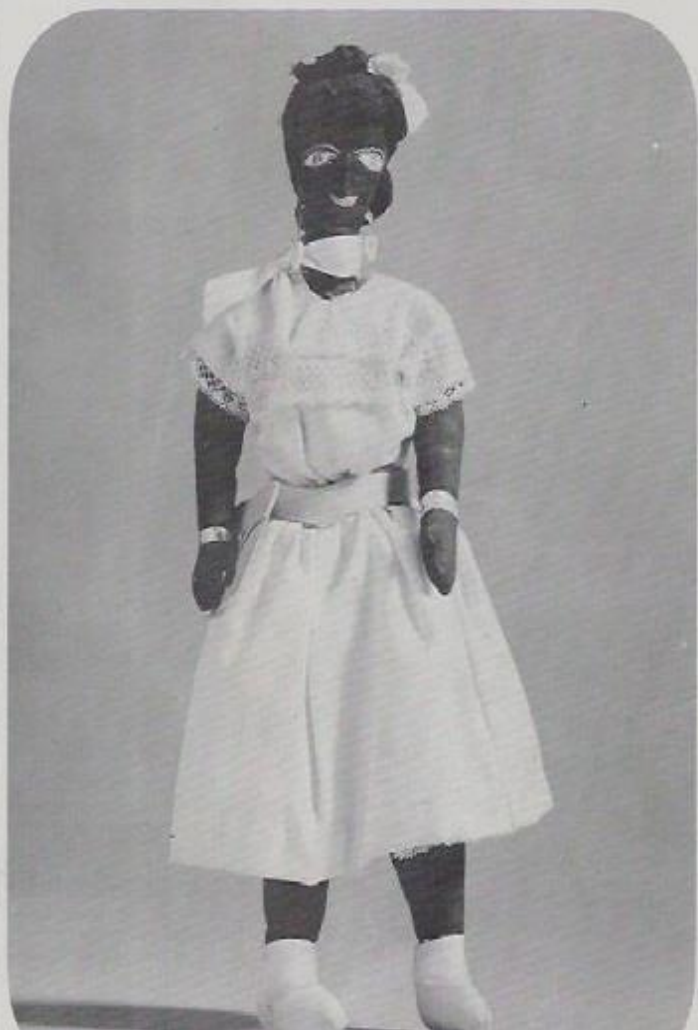


SUMARIAL

REZO EL CREDO

Creo en Pablo Picasso, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra; creo en Charlie Chaplin, hijo de las violetas y de los ratones, que fue crucificado, muerto y sepultado por el tiempo, pero que cada día resucita en el corazón de los hombres; creo en el amor y en el arte como vías hacia el disfrute de la vida perdurable; creo en los grillos que pueblan la noche de mágicos cristales; creo en el amolador que vive de fabricar estrellas de oro con su rueda maravillosa; creo en la cualidad aérea del ser humano, configurada en el recuerdo de Isadora Duncan abatiéndose como una purísima paloma herida bajo el cielo del Mediterráneo; creo en las monedas de chocolate que atesoro secretamente debajo de la almohada de mi niñez; creo en la fábula de Orfeo, creo en el sortilegio de la música, yo que en las horas de mi angustia vi al conjuro de la Pavana de Fauré, salir liberada y radiante a la dulce Eurídice del infierno de mi alma; creo en Rainer María Rilke, héroe de la lucha del hombre por la belleza, que sacrificó su vida al acto de cortar una rosa para una mujer; creo en las flores que brotaron del cadáver adolescente de Ofelia; creo en el llanto silencioso de Aquiles frente al mar; creo en un barco esbelto y distantísimo que salió hace un siglo al encuentro de la aurora; su capitán Lord Byron, al cinto la espada de los arcángeles, y junto a sus sienes un resplandor de estrellas; creo en el perro de Ulises, en el gato risueño de Alicia en el País de Las Maravillas, en el loro de Robinson Crusoe, en Bernalfiro el caballo de Rolando, y en las abejas que labraron su colmena dentro del corazón de Martín Tinajero; creo en la amistad como el invento más bello del hombre; creo en los poderes creadores del pueblo, creo en la poesía y en fin creo en mí mismo, puesto que sé que hay alguien que me ama.

THE
MUSEUM
OF
THE
CITY
OF
NEW
YORK











EL NIÑO QUE YO ERA



Mi niñez fue pobre, pero nunca fue triste; fue más bien pensativa y serena y en muchos aspectos fue en la realidad tan hermosa como la revivo en la memoria. Para poblarla de fantasía, yo contaba con la amistad entrañable de mi abuela que, en su colorido castellano de isleña de El Hierro, sabía contar tan extraordinarias historias como la de su viaje de Tenerife a La Guaira en un barco de vela azotado por los furiosos vientos del Atlántico. Ella vivía con mis dos tíos que eran panaderos y debían dormir de día porque trabajaban de noche, de modo que la casa estaba siempre sumida en un silencio de siesta, propicio para que mi abuelita contara en voz bajita sus largas historias y también oír viejas canciones de otras tierras, que ella contaba mientras pelaba sus papas, con una voz casi susurrada. Con ella tenía yo también a mi padre, que era un temperamento sencillo y poético, ciclista que amaba las excursiones dominicales al campo, a las que yo siempre lo acompañaba. Algunos domingos nos íbamos a pie al Ávila y por la tarde volvíamos cargados de flores, de moras, de duraznos o de plantas de anís y de romero. Otras veces los paseos eran por la ciudad. En la mañana nos íbamos a pie hasta la Plaza Bolívar o hasta el Mercado de San Jacinto, tomábamos helados en "La Francia" y, si nos aburría la retreta matinal, subíamos al tranvía de El Paraíso o del Central, o nos íbamos para Sabana Grande que era mi paseo preferido porque el recorrido desde la Estación Central se hacía en un fantástico tranvía de dos pisos. En los tiempos en que yo tenía seis años había en Caracas muchos españoles; el día del cumpleaños del rey Alfonso XIII que era el del mío, los españoles ponían sus grandes banderas rojo y gualda en las ventanas. Mi padre entonces me llevaba a pasear y me decía que las casas estaban embanderadas porque era el día de mi cumpleaños. Por aquellos tiempos ingresé en la escuela de Misia Rosa, donde aprendí a leer. Cuando estuve más grande, pasé a la escuela del señor Pablo Meza, que estaba al lado

de una dulcería a la que al salir de la escuela nos metíamos a pedir recortes de dulces que los pasteleros nos regalaban generosamente. En aquella escuela hice amistad inseparable con Héctor Poleo y su hermano Manuel Antonio. Con ellos y otros muchachos nos jubilábamos algunas veces hacia el Guaire, en cuyas aguas todavía era posible bañarse, y cuyas riberas estaban sembradas de hortalizas por los horticultores chinos a quienes robábamos los más picantes rábanos o aquellas lechugas tan esponjadas. Por entonces aprendí la vida secreta de Caracas, en arriesgadas excursiones a lo largo de las quebradas de Caráota y Catuche, por debajo de cuyos puentes, túneles y embovedados atravesábamos casi toda la ciudad, descubriéndola en los meandros más misteriosos de su intimidad. Otras tardes, al salir de la escuela, me iba para la Panadería de Solís, donde mis tíos panaderos trabajaron tantos años, y allí me convertí en una especie de mascota de los panaderos. Allí me pasaba largas horas viéndolos trabajar en el torno y la artesa, o sacar del horno las grandes palas de pan caliente que caían en una gran cesta, llenando el ambiente del más noble de todos los olores. Yo ayudaba en pequeñas cosas y curioseando en el departamento de pastelería aprendí muchos secretos de ese oficio, y también me indigestaba frecuentemente.

Desde los tiempos en que mi abuelita y mis tíos vivían en una vasta casa de vecindad casi toda habitada por árabes, martiniqueños y trinitarios, me atraieron los idiomas extranjeros. Pronto me hice amigo de una popular dulcera negra de origen trinitario que ponía su canasto de dulces todos los días en la esquina de Sociedad, y con ella, sin que en mi casa lo supieran, aprendí mis primeras lecciones de inglés, socorrido también por un vendedor de tostadas que tenía su carro junto a las escalinatas de El Calvario. (Papá quedó pasmado de la sorpresa al encontrarme una tarde en el Correo hablando con

unos turistas norteamericanos que me habían tomado como cicerone. Tendría yo entonces doce años). Todavía tengo otros hermosos recuerdos: Me acuerdo por ejemplo de la brumosa tarde en que Lindbergh voló sobre Caracas y de cómo me arriesgué a llegar solo hasta El Paraíso para ver su aeroplano que, según se decía, había aterrizado en el Hipódromo. Fue aquella también una de las tardes más amargas de mi vida, porque un policía, siguiendo la más inveterada tradición de la policía de Caracas de todos los tiempos, al sorprenderme trepándome a una de las rejas del Hipódromo para ver el aeroplano, me arrestó y me llevó casi a rastras hasta la Jefatura de San Juan, donde, encerrado con otros siete niños en un cuarto lleno de cachivaches, estuve llorando hasta la noche, cuando después de azotarnos el propio jefe civil con un foete, nos soltó a todos. También me acuerdo de los sucesos de 1928. Yo vivía entonces frente a la estación del ferrocarril, en una calle paralela a los rieles, pero a un nivel más alto que permitía ver los trenes por la parte de arriba. Yo tengo una hermana, Justina, que entonces era una muchacha a la moda flapper de 1928, época del talle bajo, la falda corta, y el corte de pelo a la garconne. Así era mi hermana y también gran bailadora de Charleston en los bailes amenizados con pianola o con victrola. Aquel fue el año de la gran revuelta estudiantil. Los estudiantes fueron apresados en masa, y en vagones destinados al ganado, vagones de los que no tienen techo, los enviaban en grandes cantidades hasta Valencia para a continuación remitirlos al castillo de Puerto Cabello. Cuando el tren de los estudiantes se detenía en la estación de Palo Grande, mientras la máquina cambiaba, todas las muchachas de nuestro barrio se reunían en la calle donde vivíamos, para desde esa altura agasajar a los estudiantes que se hacinaban en sus vagones. Recuerdo a mi hermana Justina tirándoles dulces y flores, y ellos desde abajo dedicándole los más sonoros besos

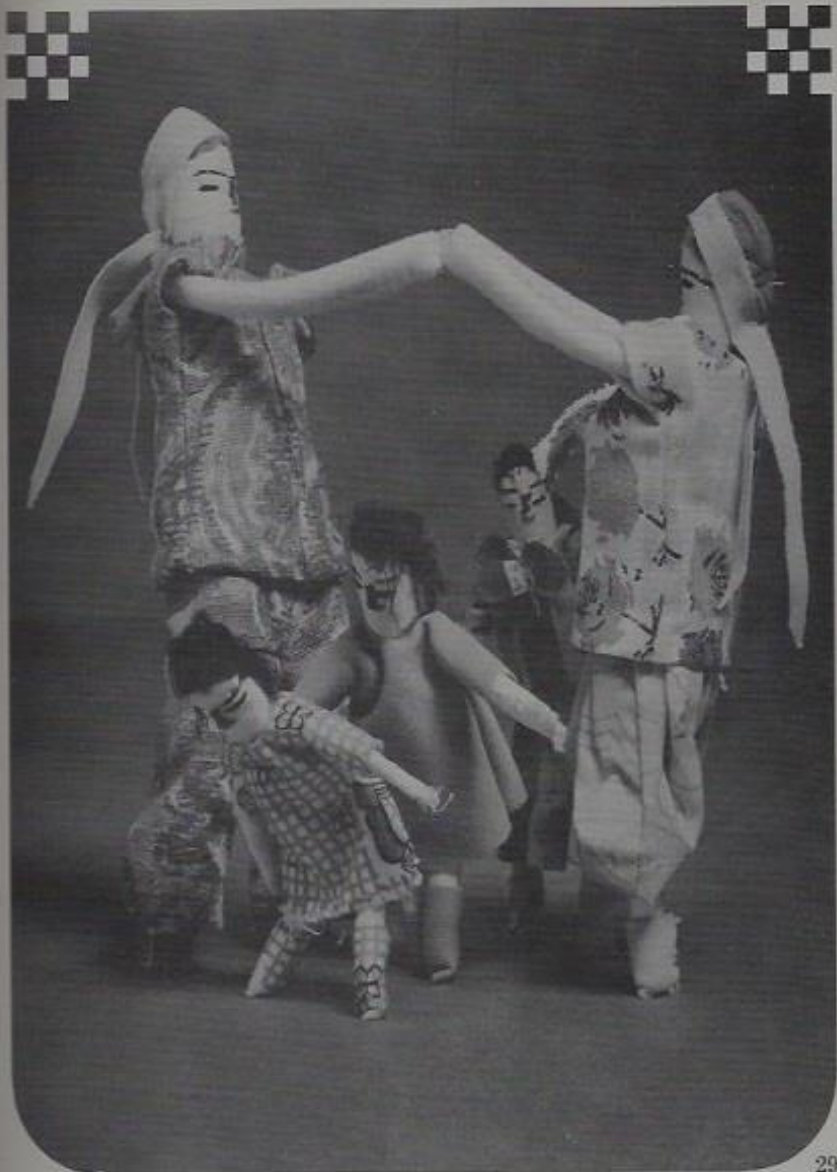
volados. Cuando el tren se iba, ellas se ponían a llorar y el coro de muchachos se despedía de ellas cantando.

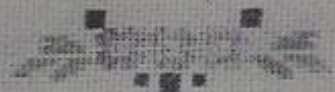
Otro de los encantos de mi casa por aquellos tiempos fue la aparición de la radio en Caracas. Mi padre se convirtió en un furioso radiófilo y fue uno de los primeros caraqueños en oír la estación norteamericana de Schenectady (la primera que se estableció en el mundo) utilizando un radio de galena de su propia fabricación. La pasión del radio y la generosidad de mi padre que a todo el que lo pidiera le enseñaba la sencilla técnica para confeccionar un receptor, atrajo a nuestra casa a mucha gente joven e interesante, llena de ideas nuevas y de conocimientos, con la que descubrí el mundo de los libros.











MI MADRE EN
UN PUEBLITO
DE RECUERDOS





Mi madre vive en un pueblito de recuerdos; yo algunos domingos me subo en el elefante del Libro Mantilla para ir a visitarla.

Allí vive mi madre entre las cuentas de colores que: con los años se le han ido cayendo como hermosas gotas de sangre de su corazón.

Allí está ella pensativa, allí está ella muy joven y elegantemente triste, a tono su tristeza con la melancolía de la hora en qué atardece en su pueblito de recuerdos.

Yo que amé siempre la tarde, pienso que a la envejecida luz de esa hora mi madre es el alma misma de la tarde; y cuando en esa actitud la he encontrado, me vuelvo de puntillas y llego a casa contando que en el pueblito de recuerdos donde vive mi madre, la tarde permaneció hoy largo rato con la mano en la mejilla.

Allí, como entre vestigios de jardín, vive mi madre entre sus últimos ovillos de sedalina, entre los irisados témpanos de cristal de la lámpara que nunca se compuso, junto a la cruz de palma bendita que en otros años poníamos en el patio dentro de un plato de agua cuando había tormenta.

Hay algo allí de primavera archivada, serán las flores secas que también hay, o bien aquella mota que, aunque ya sin polvera conserva su ampulosidad de bailarina que ha engordado; en todo caso será de tanto vivir entre esas cosas por lo que la mirada de mi madre es lejanamente dulce y vagamente apagada, como sería si uno pudiera verlo, el nostálgico aroma de las galleticas Palmer's.

A veces mi madre y yo nos vamos pueblo adentro, oyendo bajo nuestras pisadas el crujir de oro de las hojas secas, nos vamos a

lo largo de ese territorio de oro, a veces ella y yo nos vamos, mirando yo caer las hojas secas que, a lo largo de años y años de vivir en su pueblito de recuerdos, se le han ido desprendiendo de su anticuado vestido de flores a mi madre.

Vamos en un tranvía bajo la lluvia; pasajeros los dos de un puente que ella le dijo a papá que parecía un barco, mi madre quiere que nos detengamos donde está el vendedor de granizado para que yo me coma las estrellas. Ahora me sube a su hombro para que yo contemple por la primera vez un río. Pero el fulgor de sus cabellos me resultó más fascinante, pues como era ya la noche y era marzo, y apareció la luna bajísima e inmensa, yo por la primera vez vi el mar, ¡lo vi dormido de mi madre en los líquidos cabellos! Ahora llegamos al momento en que yo no he nacido. Ahora mi madre está tendida sobre el mundo, y el amor la agasaja de perfumes como a la tierra un río de duraznos; dócil, pluvial, arbórea, taza de leche enamorada, está ahora tendida allí mi madre, cuna de flores el dulce cuenco de su vientre, para tornear suavísima alfarera la sustancia de siglos que cantando la nombra en la palabra de mi padre.

Madre, pequeña fábrica de amor, mansa esposa del Tiempo, milagro de tu carne fue darles forma humana a las tinieblas y recoger la noche en tus entrañas para levantarla como una espiga hacia la aurora.

Yo lo sé, yo lo sé, porque mis ojos, yo lo sé, no han conocido estrellas más suntuosas, ni mañanas más claras, ni flores más augustas ni en fin nubes, como las que aprendí desde tu cuerpo a mirar a través de tu mirada.



LA MAMA DE MATEO MANAURE HABLA EL LENGUAJE DE LOS PAJAROS

La mamá de Mateo Manaure habla el lenguaje de los pájaros: del más hermoso de todos le puso entre las manos una pluma al nacer, e invéntale, hijo mío le dijo el vuelo de mi juventud que ya no encontraré y la última tarde que vieron mis enamorados ojos, para que vuele a ella.

Una dulce historia de pañuelos perfumados escuchó Mateo entonces, de sofocados sollozos y caballos que se alejaban en la noche y el nombre pronunciado entre las sombras de un pobre guerrillero. Mateo Manaure inventó, pues, una selva donde nadie pudiera encontrar a los siete hombres fugitivos que comandaba su padre y un ámbito de flores mágicas cuyo secreto sólo conocía el simple sueño de una campesina en cuyo corazón habitaba el Pájaro de los Siete Colores.

Mateo Manaure niño y su madre se mudaron para la última casita en su cuaderno dibujada, habiendo también dibujado un pueblo con placita y todo para vivir a su medida, y allí él y su mamá, como eran tan pobres, se alimentaban de hongos recortados en las ilustraciones de un texto de Historia Natural.

Y se alumbraban, pues repito que eran muy pobres, con pedacitos de vidrios de colores que Mateo coleccionaba en los interesantes basureros de nuestros doce años.





Fue entonces cuando Mateo creó el mundo en siete días y vio que era bueno. Creó primeramente la veta de la madera, y de la veta de la madera creó ríos y misteriosos mundos de raíces

de los que sale en el fondo de la noche, vestido de húmedas hierbas todavía, con su magnífico bastón de príncipe cósmico

y su corona suntuosa de Rey de las Aguas, el muy espléndido señor Alexander von Humboldt.

Creados el mundo y el hombre en seis días, Mateo Manaure no se echó a descansar, sino que se fue al cine.

Mas para los paseantes enamorados que divulgan su felicidad por los paseos dominicales de las once a.m., guarda también Mateo en sus bolsillos de muchacho pintor (boy painter) sorpresivas almendras que tienen un corazón rosado de quince años y bicicletas románticas para repartir el crepúsculo a domicilio.

Recuerdo de sus numerosas novias difuntas guarda una colección de postales debajo de la almohada,

y para que la tristeza no acabe de matarlo suele fugarse, acompañado de los más diminutos recuerdos de su niñez, hacia las distantes caramelerías de la noche.





COMPRANDO FRUTAS

Bellamente enguantadas sus manos de obispos regordetes, me señalan la entrada de la frutería los cambures y me mandan cortésmente a pasar adelante. La frutería me envuelve en su manto de olores profundamente femeninos. Con su piel de cangrejo las parchitas son unas endebles jovencitas norteamericanas, achicharradas las naricillas por el sol de los trópicos, todas pelirrojísimas, la cara llena de pecas y naturalmente algunas se llaman Alice:

A la guanábana no le importa darle la teta a su niño en público.

¡Granada, infanta de cuento antiguo, doncella bizantina, hija delicadísima del Rey de la Baraja, secretamente enamorada del Caballero Roldán, prisionera tu doncellez entre vitrales, oh niña musical, inventora de los caleidoscopios!

Sale ahora ajustándose los anchos pantalones el mamey, que acaba de almorzar en un restaurant barato de la carretera, y es chofer de uno de esos enormes camiones de la fábrica de cemento.

Los limones, últimos niños todavía afectos al uso de los pantalones cortos, muestran sus bonitas rodillas.

Las mandarinas son unas niñitas decentes a las que su mamá les permitió salir por un ratico al parque a jugar. Agua de colonia.

Sandías de verano rebosantes de Duraznos afeminados que trabajan en un salón de belleza y se entienden entre ellos en lengua francesa.



Ese gordito aindiado él que va ahí con su cachucha puesta es el níspero; antes era chofer de plaza y ahora es bedel de la Universidad.

La piña se sienta con mucha dificultad en su poltrona de reina indiana. ¿O será la señora de algún embajador de Centroamérica? No hace sino comer bastante, estar gorda, vestir demasiado mal para su edad y hablar de su peluquero y de su importantísimo esposo con las otras señoras. ¿Verdad que hay algunos mangos a los que provoca darles una nalgada?

El comentario social del día es que a la Primavera de Sandro Botticelli le operaron el vientre y le sacaron un racimo de uvas.

A las naranjas no les importa mucho que uno las sorprenda desnudas. Acaban de salir del baño y el sol les pulimenta la piel con sus finos aceites. Cuando hacen el amor es su caricia favorita que uno les muerda los labios.

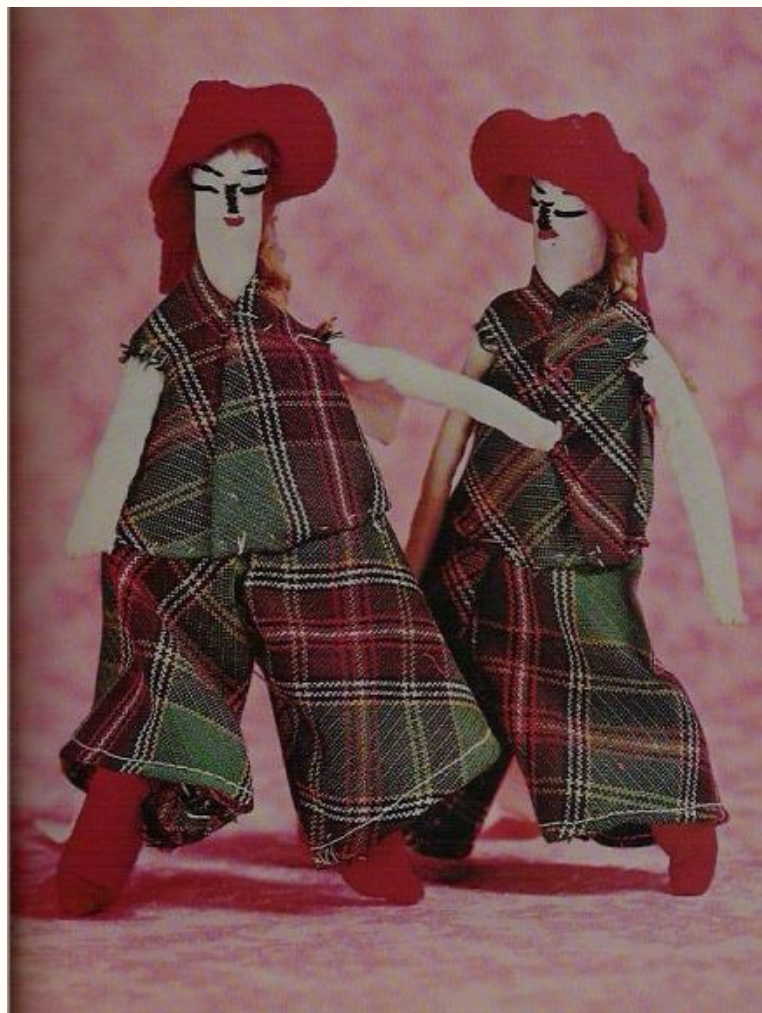
Los melones se ponen sus bragas amarillas para fabricar perfumes. ¡Qué olorosos a manos recién lavadas los melones!

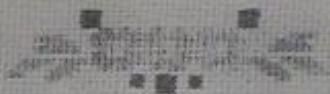
Los albaricoques, con sus pulcros zapatos de goma para jugar al tenis; llega la manzana renacentista en su carro de rosas y muestra sus aristocráticas uñas suntuosamente pulidas. Las tunas se organizan en el azafate como las piezas de un juego de ajedrez.

Y en fin la pera, Margarita Gautier de las frutas, un tiempo se hizo millonaria en el cine haciendo la mujer misteriosa; hace años vive recluida en un sanatorio suizo, tuberculosa desahuciada, luna enferma bajo su sábana de nubes, resplandor de nevada. ¡Pera, Greta Garbo de las Frutas!, muriéndose de soledad y de frío en tu perenne madrugada, con tu silencio de ánima en pena, envuelta en el fantasma de tu perfume tu alma de papel de seda.

THE
MUSEUM OF
MODERN ART
NEW YORK

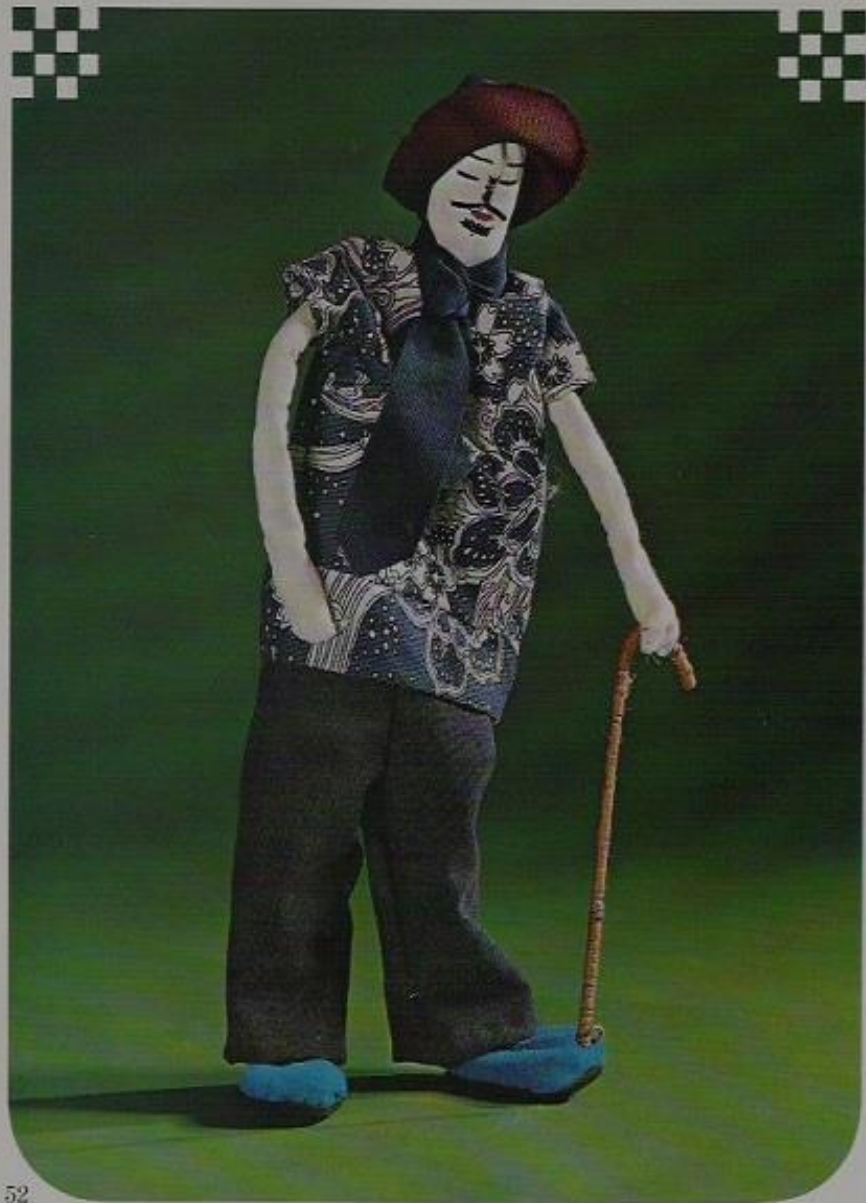






THE
MUSEUM OF
ART AND
ARCHAEOLOGY
OF THE
UNIVERSITY OF
CHICAGO









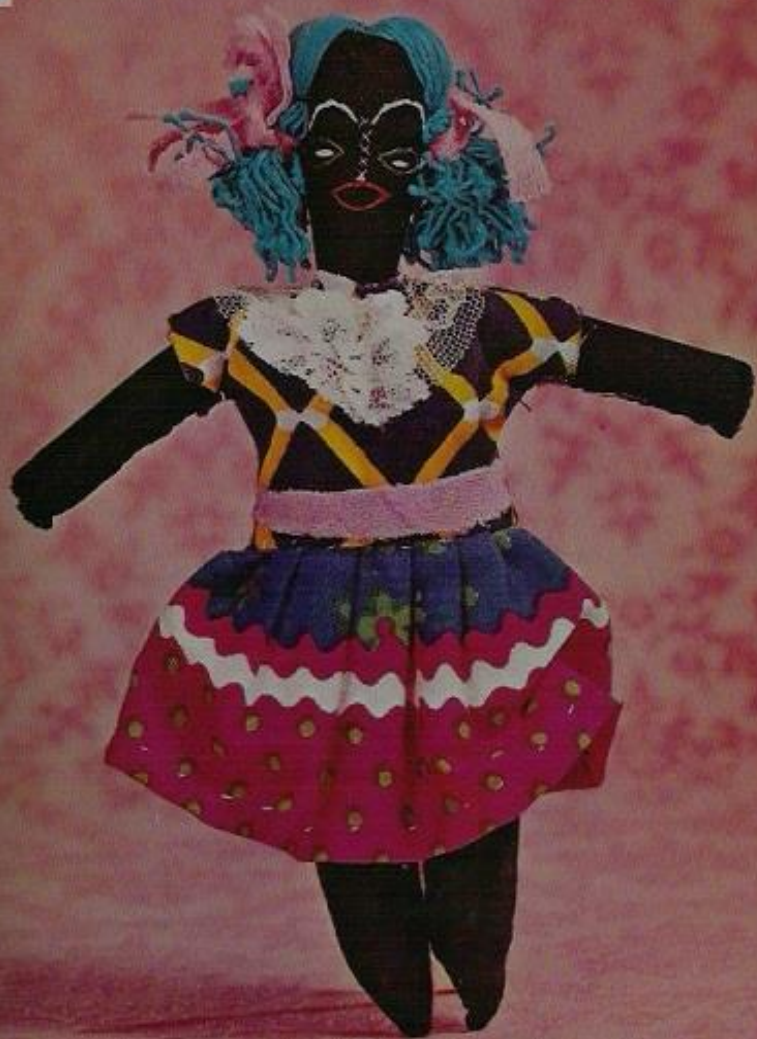
THE
MUSEUM
OF
ART
AND
ARCHAEOLOGY
OF
THE
UNIVERSITY
OF
TORONTO

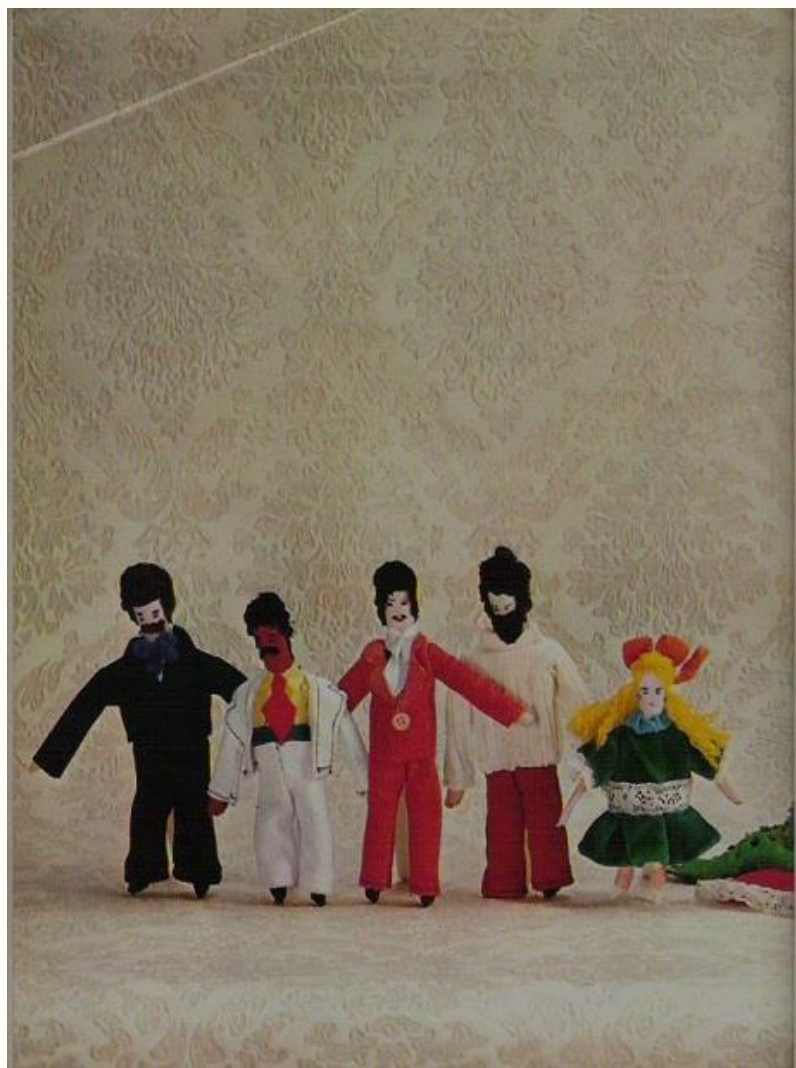






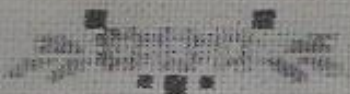






LA NIÑA,
EL POZO, EL GATO,
EL COJIN BAILADOR
Y
LAS SIETE PIEDRITAS





Era una creencia antigua entre los niños de aquel pueblo que si alcanzaban a recoger siete piedritas blancas al tiempo que las campanas tocaban el Aleluya, tendrían después una Navidad llena de riqueza. Pues luego, en los diez meses que corren entre Semana Santa y Navidad, las piedritas irían volviéndose centavos. Esto, siempre que una vez recogidas se tuviese el cuidado y la perseverancia de guardarlas todas las noches, sin mirarlas, debajo de la almohada.

Incubadas por el sueño y la esperanza de los niños, un alquimista misterioso y paciente iba después gastando las piedritas hasta infundirles el brillo y la delgadez del metal; limas silentes redondeaban sus bordes; buriles y troqueles secretos les inscribían los conocidos cuños. Y el 24 de diciembre à las doce de la noche, ni un minuto más ni un minuto menos, podía usted con los ojos cerrados, eso sí levantar su almohada, que, si había sabido conservar su esperanza hasta el final, ahí estarían, en hilerita deslumbrante, las siete monedas. Pero, aunque todos creían en él, la verdad es que ninguno de los niños de nuestro pueblo había sido jamás favorecido por tan dadivoso milagro. Era la suya, como la de todas las gentes simples, una fe alimentada en la conseja familiar, una ilusión comunicada a su corazón por gentes viejas que en su tiempo habían sido también niños crédulos e imaginativos. Pero tampoco ellos, los viejos, habían conocido el milagro, a no ser, quizá, que lo hubiesen visto en otras comarcas.

Y es que, en el pueblo de nuestro cuento, todo parecía dispuesto para que los niños no conocieran nunca esta alegría. Las treinta o cuarenta casas que formaban al vecindario se levantaban sobre un suelo de tierra grisácea, tan fina que parecía cernida, toda lodazales en el invierno, toda remolinos de polvo en el verano: tierra flotante de médanos, siempre a merced del viento, y en donde hallar una piedra, por pequeña que fuese, era tan difícil como encontrarse un anillo de oro en el baúl de alguno de aquellos pobrísimos vecinos.



Había, sí, a alguna distancia en las afueras, y como compensación de tanta aridez y polvo seco, un río que daba de beber a las cercanas vegas; un río generoso y bonito que no se sabía de dónde venía ni para dónde iba, siempre concurrido de arrieros que iban a bañar sus mulas, o de bulliciosas lavanderas que batían sus trapos contra grandes piedras, y, algunos días, de sacadores de arena cuyas carretas proveían a las escasísimas albañilerías de por aquellos lugares.

El sábado de Gloria, desde muy en la mañana, los niños del pueblo tomaban el camino del río, y una vez junto a él después de larga caminata, se repartían por las zonas más arenosas de la ribera, a fin de tener asegurada su provisión de piedrecitas para cuando llegara el momento de recogerlas.

Pero nunca acertaban con el momento justo, pues estaban entonces tan distantes del pueblo, y era tan envolvente el rumor del agua, que ni el más fino de oídos alcanzaba a escuchar las campanas. Inseguros, con la vaga angustia de la incertidumbre, afirmándose unos a otros haber oído algo, cuando en ese momento cercano al mediodía se sugerían en la distancia sonidos que podían ser o no ser de remotas campanitas, entonces elegía cada uno siete piedritas de las más lavadas por la corriente. Cada cual, después de contemplarlas y sopesarlas, se las echaba al bolsillo o las conservaba apuñadas en la mano, y la muchachada volvía jubilosa al pueblo, a los gritos de:

*iAlehuya, Alehuya,
ya cada cual cogió la suya!*

Mas siempre era para comprobar, llegada la noche de diciembre, que toda ilusión, acrecida en casi un año de espera, había parado en nada.

Sea porque se les habían adelantado las campanas, sea porque se les hubieran quedado atrás, lo cierto es que nunca llegaba a cumplírseles el milagro de las piedritas.

THE
MUSEUM
OF
THE
CITY
OF
NEW
YORK



De los niños que aquella Nochebuena levantaron su almohada para encontrarse con que las piedritas blancas no se habían convertido en centavos, la más golpeada por el desengaño fue, quizá, la niña que protagoniza esta historia.

Como todas las niñas de los cuentos tristes, ella era bonita, huérfana y buena, y tenía una madrastra cruel.

Vivían en la última casita del pueblo, una casita tirada como una semilla perdida, en la mitad de la sabana. Pero no era una fea casita, pese a que en ella se hacía sufrir a una pobre niña. Parecía una casita pintada en un cuaderno cuando uno está en segundo grado y tiene una caja de creyones. Era tal vez la única que en la región podía darse el lujo de tener flores, flores de esas que uno le pinta a la casita que ha dibujado en el cuaderno cuando uno está en segundo grado y tiene una caja de creyones y se le ocurre pintar una casita que tenga flores.

Aunque dicho sea en honor de la verdad, la casita no tenía aquellas flores por adorno, sino porque la terrible madrastra, ocho veces viuda, había descubierto un espléndido negocio en fabricar coronas fúnebres para vendérselas a precios especiales de familia, a los dolientes de sus ocho difuntos maridos.

El principal oficio de la niña era precisamente el cuidado de las flores. Las regaba sacando agua de un pozo muy hondo y muy fresco que había en el patio. Haciendo girar una manivela que el pozo tenía en su brocal, una cuerda se iba enrollando y, atado al extremo de la cuerda, subía un cubo de agua olorosa a raíces tiernas y a día de lluvia. A veces, con el agua se venían también algunas piedrecitas, seguramente las piedrecitas más limpias y más pequeñas del mundo.

Conoció una vez la niña cómo podían estas piedrecitas llegar a convertirse en centavos. Y el día indicado, cuando calculó que la hora de recogerlas se acercaba, echó el balde dentro del pozo. Al sacarlo de vuelta, venían justamente siete piedrecitas en el fondo del agua.





Esperó un rato sin tocarlas y cuando a la distancia creyó percibir las campanas del Aleluya, las recogió, las contó bien y fue a guardarlas.

Noche tras noche, con los ojos cerrados las colocaba debajo de su almohada; mañana tras mañana, con los ojos cerrados, las volvía a meter en su escondite. Así pasaron días y semanas y meses, y con el tiempo iba creciendo su ilusionada curiosidad.

Llegó por fin la Nochebuena y sonó la hora señalada. Con el corazón vuelto un caballo dentro del pecho, se incorporó en su cama. ¿Cómo lo haría? Primero pensó en entrarles de sorpresa, como a cosa que puede asustarse y salir volando. Pero sus manos se detuvieron en el impulso. Y cambiando de parecer, ¡zas!, alzó la almohada de un tirón seco.

Se quedó un momento inmóvil, fijos los ojos grandotes en el lugar donde estaban las piedritas. Toda la cara se le fue como apagando. A través de una confusión de lágrimas y mocos fue cogiendo las piedras una por una y examinándolas desconsoladamente. Por fin, llorando y llorando se echó encima de ellas, y lloró muy largamente como sólo puede llorar una pobre niña desengañada. Apuñando las piedritas que al echarse encima de ellas se le habían incrustado entre la palma de la mano y la mejilla, se levantó y salió de puntillas al patio.

Se las devolveré al pozo dijo. El pozo me ha engañado.

Y ya junto al brocal, empuñó la manivela y se puso a darle vueltas; pero en lugar del cubo de agua, ahora lo que subía del pozo, a medida que giraba el cilindro, era un melódico y muy antiguo vals como de orquesta mecánica de carrousel. Sorprendida, detuvo la manivela, y con la misma

cesó la música. La volvió a hacer girar y la música sonó de nuevo. He aquí, pues, ¡que nuestro pozo funciona como un organillo!

Encantada de su descubrimiento, dejó caer las siete piedritas, y las piedritas al dar en el fondo, sonaron como centavos, como un puñado de centavitos nuevos que se le cae a uno! ¡Eran centavos! ¡Y ella que no había visto bien! ¿O será que sonaron así al chocar con el metal del cubo?

Para cerciorarse hizo girar la manivela, y esta vez sí subió el recipiente. Pero al asomarse a él, ¡nueva sorpresa!: donde esperaba encontrar piedrecitas o monedas, lo que vio fue un sapo, un sapo de piel intensamente verde que la miraba con ojos tan tristes como los de ella.

Iba a devolverlo al pozo, llena de miedo, cuando oyó que el sapo le hablaba, llamándola por su nombre con una voz profunda como la del señor gordote que canta en la ópera. Soy le dijo un príncipe convertido en sapo por la maldad de una madrastra cruel. Estoy condenado a vivir así hasta que encuentre una niña de tan noble corazón que quiera alojarme en su casa arriesgándolo todo.

-Yo te salvaré dijo la niña. Te alojaré en mi casa, pero como mi madrastra odia a los sapos y te mataría si te encontrase, deberás permanecer oculto en la forma que yo te diga.

En eso amaneció el radiante día de Navidad. Muy sigilosamente la niña volvió a su cuarto. Allí no había nada que le sirviera para ocultar al sapo.

Pero la pared del cuarto era blanca, y ella tenía un creyón azul. De modo pues que cogió el creyón y sobre la pared blanca dibujó un cofrecito de plata. Pero como el espacio de la pared era muy reducido y el creyón muy chiquito, el

cofre que dibujó le salió demasiado pequeño como para que en él pudiera meterse con comodidad un sapo.

Lo que hizo ella entonces fue abrir el cofre que había dibujado, y de él sacó sedas, algodón, telas finísimas y un dechado.

Vino nuevamente a sentarse en el brocal del pozo mientras el sapo esperaba. En pocos minutos tuvo terminado un hermoso cojín, con las iniciales de su madrastra bordadas con hilos de oro en todo el centro.

Esta será su casa, señor Prinsapole anunció al huésped. Y por un boquete de la tela que todavía tenía sin coser, metió dentro del cojín a su amigo con recomendaciones de que se estuviese allí muy quieto, y remató su costura.

En ese momento salía la madrastra con sus habituales regaños.

Madrastra le dijo la niña presentándole el cojín, como hoy es día de Pascuas le he preparado este agualdo.

-Ay exclamó la madrastra con rara complacencia. ¡Qué hermoso cojín! Lo colocaremos en el sofá del salón para vendérselo al primer cliente que venga a encargarnos una corona. Por experiencia lo digo: al que acaba de perder algún ser querido siempre le hace falta un cojín para echarse a llorar.

Tan grosera muestra de mal corazón hizo estremecer al sapo dentro del cojín, pero comprendió que, en aquel instante, cualquier efusión de sus sentimientos podía perderle. Y se quedó calladito. El cojín fue colocado en el mejor mueble de la casa, entre un modelo reducido de corona funeraria para general y un enorme retrato de

conjunto donde el artista había reunido, por riguroso orden alfabético, a los ocho difuntos maridos de la señora. Por el momento, tanto el sapo como la niña respiraron tranquilos. Pero aquí entra en acción un personaje llamado Pancho, del que hasta ahora nos habíamos olvidado por completo.

Pancho era el único ser en este mundo a quien aquella terrible señora había llegado a dispensarle algún cariño. Pancho era un gatazo gordo, remilgoso y mal acostumbrado.

Viendo que había cojín nuevo en la casa, se aprestó a estrenarlo. De un salto ganó el sofá, se arqueó perezosamente como conviene. a un verdadero gato, y se instaló en el cojín, dispuesto a echar en ese mullido lecho la primera siesta del día.

Pero apenas (cerrados plácidamente los ojos) se había enroscado sobre el lujoso cojín, empezó a percibir unos insólitos movimientos debajo de su cuerpo; era el sapo que allá dentro en su prisión de algodones, se sentía agobiado bajo el peso de Pancho.

Pancho, a los primeros movimientos abandonó de un salto el sitio, emitiendo una especie de soplido. Por su parte, al sentirse libre de aquel peso agobiante, el asustado sapo quiso emprender la huida; pero prisionero como estaba en su encierro de trapos y algodones, sus saltos no lograron otra cosa que poner a bailotear el cojín por toda la casa.

A los bufidos del enfurecido Pancho, salió la vieja con un palo en la mano, resuelta a descargarlo sobre el extraño cojín bailador. Pero, cosa rara, en el momento justo en que alzaba el brazo para golpearlo, un coro de voces al mismo tiempo dulce y lúgubre, la hizo volverse. Eran los ocho

retratos de sus ocho difuntos maridos, súbitamente animados, a quienes al parecer divertía la danza del cojín, pues en un crescendo cada vez más poderoso, acompañaban aquel bamboleo tan raro con el sonsonete que también para que brinquen a su compás se les canta a los niños:

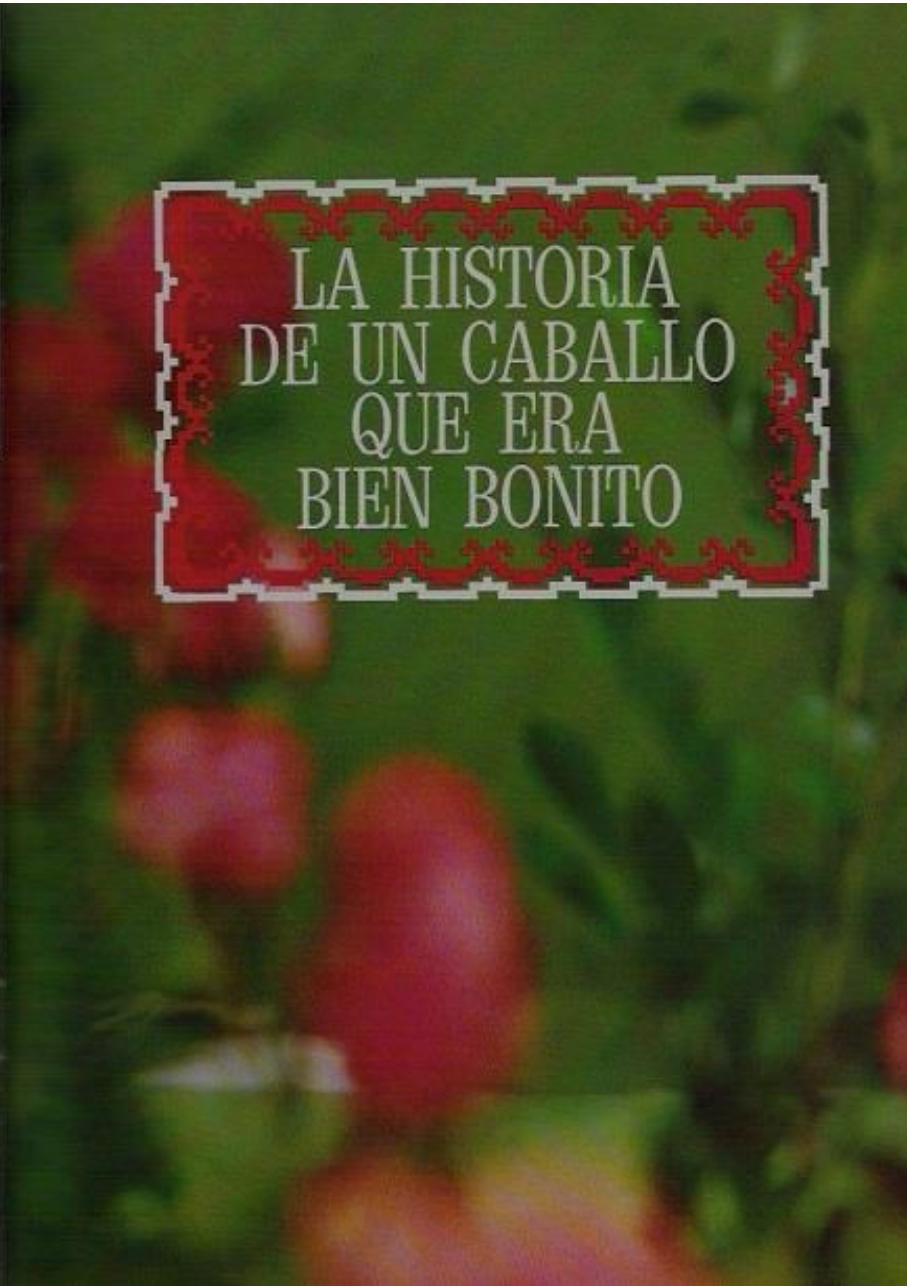
*¡Sapito lipón! Sapito lipón,
ini tiene camisa, ni tiene calzón!*

Entretanto, ya el cojín danzante había ganado la puerta, perseguido por el gato.

Un salto feroz, un bufido, y ya las diez afiladas uñas desgarraban la funda. Entre los algodones dispersos por el manotazo de Pancho, se vio aparecer al sapo. ¡Qué feo estaba ahora, tembloroso de miedo y cubierto de pelusas! Pero ya la niña corría en su auxilio. Al verlo perdido, toda ella se convirtió en una pluma soplada por siete gigantes, o en la luz de un relámpago, o en una flecha de agua. Lo cierto fue que en un segundo le ganó distancia al zarpazo que ya bajaba, se echó a tierra y cayó como un ala sobre su trémulo amigo. Y allí se quedó dulcemente echada, el pecho contra la tierra desnuda, el rostro sobre húmeda almohada de flores. Cuando despertó era Día de Navidad. Tenía las siete piedrecitas marcadas como siete estrellas sobre su cara. Pero ya no estaba triste. Abrió una vieja ventana, y su primera mirada del día fue para el pozo.

Nunca le fue tan familiar. Le sonrió con esa sonrisa que los seres sencillos no suelen tener sino para los que comparten con ellos un secreto maravilloso.





LA HISTORIA
DE UN CABALLO
QUE ERA
BIEN BONITO

Yo conocí un caballo que se alimentaba de jardines. Todos estábamos muy contentos con esa costumbre del caballo; y el caballo también porque como se alimentaba de jardines, cuando uno le miraba los ojos las cosas se veían de todos los colores en los ojos del caballo. Al caballo también le gustaba mirarlo a uno con sus ojos de colores, y lo mejor del asunto es que en los ojos de ese caballo que comía jardines, se veían todas las cosas que el caballo veía, pero claro que más bonitas, porque se veían como si tuvieran siete años. Yo a veces esperaba que el caballo estuviera viendo para- donde estaba mi escuela. El entendía la cosa y veía para allá, y entonces mi hermana Elba y yo nos íbamos para la escuela a través de los ojos del caballo.

¡Qué caballo tan agradable!

A nosotros cuando más nos gustaba verlo era aquellos domingos por la mañana que estaban tocando la retreta y ese caballo de colores llegaba por ahí vistiéndose de alfombras por todas partes que pasaba.

Yo creo que ese caballo era muy cariñoso. Ese caballo tenía cara de que le hubiera gustado darle un paseíto a uno, pero quién se iba a montar en aquel pueblo en un caballo como ese, pues a la gente de ahí le daba pena; ahí nadie tenía ropa aparente.

Cómo sería de bonito ese caballo que con ese caballo fue que se alzó Miranda contra el gobierno porque se inspiró en el tricolor de sus labios y en el rubio de sus ojos.

Ese caballo sí se veía bonito cuando estaban tocando ahí esa retreta y el Señor Presidente de la Sociedad de Jardineros lo traía para que se desayunara con la plaza pública.



Qué caballo tan considerado. Ese caballo podía estar muy hambriento, pero cuando los jardineros lo traían para que se comiera la plaza, él sabía que en el pueblo había mucha gente necesitada de todo lo que allí le servían, y no se comía sino a los músicos.

Y los músicos, encantados. Como el caballo estaba lleno de flores por dentro, ellos ahí se sentían inspirados y se la pasaban tocando música dentro del caballo.

Bueno, y como el caballo se alimentaba de jardines y tenía todos los colores de las flores que se comía, la gente que pasaba por ahí y lo veía esperando que los jardineros le echaran su comida, decían: míreme ese caballo tan bonito que está ahí espantándose las mariposas con el rabo.

Y el caballo sabía que decían todo eso, y se quedaba ahí quietecito sin moverse para que también dijeran que aquel caballo era demasiado bonito para vivir en un pueblo tan feo, y unos doctores que pasaron lo que dijeron es que lo que parecía ese caballo es que estaba pintado en el pueblo.

¡Así era de bonito ese caballo!

Todo el mundo era muy cariñoso con aquel caballo tan bonito, y más las señoras y señoritas del pueblo, que estaban muy contentas con aquel caballo que se alimentaba de jardines. ¿No ve que como consecuencia de aquella alimentación lo que el caballo echaba después por el culito eran rosas?

Así, cuando las damas querían adornar su casa o poner un matrimonio, no tenían más que salir al medio de la calle y recoger algunas de las magníficas rosas con que el caballo le devolvía sus jardines al pueblo.

Una vez en ese pueblo se declaró la guerra mundial, y viendo un general el hermoso caballo que comía jardines, se montó en él y se lo llevó para esa guerra mundial que había ahí, diciéndole: mira, caballo, déjate de jardines y maricadas de esas y ponte al servicio de tal y cual cosa, que yo voy a defender los principios y tal, y las instituciones y tal, y el legado de yo no sé quién, y bueno, caballo, todas esas lavativas que tú sabes que uno defiende. Apenas llegaron ahí a la guerra mundial, otro general que también defendía el patrimonio y otras cosas así, le tiró un tiro al general que estaba de este lado de la alcabala, y al que mató fue al caballo que se alimentaba de jardines, que cayó a tierra echando una gran cantidad de pájaros por la herida porque el general lo había herido en el corazón.

La guerra por fin tuvo que terminarse porque si no, no hubiera quedado a quién venderle el campo de batalla.

Después que terminó la guerra, en ese punto que cayó muerto el caballo que comía jardines, la tierra se cubrió de flores.

Una vez venía por ahí de regreso para su pueblo uno que no tenía nombre y estaba muy solo y había ido a recorrer mundo buscando novia porque se sentía bastante triste, ¿no ve que le mataron hasta el perro con eso de la defensa de los principios y tal?, y no había encontrado novia alguna porque era muy pobre y no tenía ninguna gracia.

Al ver ese reguero de flores que había ahí en el campo donde había muerto el caballo que comía jardines, el hombre cogió una que era de su gusto y se la puso en el pecho.





Cuando llegó al pueblo encontró a su paso a una muchacha que al verlo con su flor en el pecho, dijo para ella misma: qué joven tan delicado que se pone en el pecho esa flor tan bonita. Hay cosas bonitas que son tristes también, como esa flor que se puso en el pecho ese joven que viene ahí. Ese debe ser una persona muy decente y a lo mejor es un poeta.

Lo que ella estaba diciendo dentro de ella sobre ese asunto, el hombre no lo escuchó con el oído, sino que como lo oyó fue con esa flor que tenía en el pecho.

Eso no es gracia; cualquiera puede oír cosas por medio de una flor que se ha puesto en el pecho. La cuestión está en que uno sea un hombre bueno y reconozca que no hay mayores diferencias entre una flor colocada sobre el pecho de un hombre y la herida de que se muere inocentemente en el campo un pobre caballo. Qué iba a hacer, le regaló a aquella bonita muchacha la única cosa que había tenido en su vida, le regaló a la muchacha aquella flor que le servía a uno para oír cosas: ¿quién con un regalo tan bueno no enamora inmediatamente a una muchacha?

El día que se casaron, como el papá de ella era un señor muy rico porque tenía una venta de raspado, le regaló como 25 tablas viejas, dos ruedas de carreta y una moneda de oro.

Con las veinticinco tablas el hombre de la flor se fabricó una carreta y a la carreta le pintó un caballo, y con la moneda de oro compró una cesta de flores y se las dio a comer al caballo que pintó en la carreta, y ese fue el origen de un cuento que creo haber contado yo alguna vez y que empezaba: "Yo conocí un caballo que se alimentaba de jardines".









PASA MI PADRE

Ahí va mi padre pedaleando su bicicleta de jardinero. Él lleva sin saberlo la poesía como una violeta en el sombrero Y a mi niñez le gustan entusiastamente sus zapatos que son como unos caballos viejos y cariñosos

En aquellos tiempos estaban muy baratas las cosas Teníamos una casa de flores que sólo nos había costado a razón de un sufrimiento insignificante el metro cuadrado

Figúrense cómo estarían las cosas de tan baratísimas entonces, que yo tenía una hermana llamada Lilia a la que no llegué a conocer porque se murió aprovechando lo barata que se había puesto la muerte por aquellos días

Mi padre pagó en cómodas cuotas la muerte de aquella niña: Todos los días al llegar del trabajo, lloraba un poquito sobre el hombro de mi madre

Y en cosa de cinco meses estuvo saldada la deuda con la muerte, cosa que no se puede hacer hoy día. ¡Todo está ahora tan caro! ¡Con decir que las lágrimas están reguladas por el departamento de control de precios!



Teniendo yo nueve años y él me imagino treinta, me pidió delicadamente esa mañana que me volviera de espaldas, mientras él se bañaba con sus inocentes calzoncillos, porque el mar le gustaba mucho y estaba amaneciendo

No sé cómo aquel hombre se las arreglaba para que yo y mi hermana Elba recorriéramos el mundo pasajero los tres en su bicicleta de flores; lo cierto es que el buen hombre tenía un exquisito olfato comercial, y los domingos nos llevaba, (él puesto su bellissimo sombrero de violetas y sus conmovedores zapatos, y nosotros sus hijos la niñez como un vestido de estreno, a mágicos mercados donde los campos con sus correspondientes ríos y colinas) se vendían a dos paisajes por centavo

Y en aquellos lugares mi padre cumplía plenamente su vocación de ladrón irredento, pues regresábamos los tres a casa con un insólito botín de aromas Y todos nos queríamos mucho por eso.



MI PAPA
ME CUENTA
UN CUENTO
DE ANIMALES



En dos solares vecinos y separados nada más que por una pobre empalizada que les permitía hablarse todos los días, vivían de un lado un perro y del otro un chivo. El chivo se la pasaba suelto triscando en el corral; pero al perro, como era bravo, lo tenían encadenado.

Como el perro quería escaparse, se la pasaba hablándole al chivo de las cosas fabulosas que había fuera de sus corrales y lo sabroso que sería salir a correr mundo. Para tentarlo le decía que qué sabrosos deben estar ahorita esos montes verdeditos cubiertos por todas partes de cogollos tiernos y esas chivotas blancas comiéndoselos para ponerse buenasmozas; que sí qué bonitos se ven desde aquí aquellos cerros que deben tener esa tierra coloradita de bachacos. El chivo escuchaba aquello y se le ponían esos ojotes, sobre todo cuando le hablaba de las chivas y de los bachacos que son las dos cosas que más le gustan a un chivo en este mundo. El perro lo sabía, y después que le adornaba hasta hacerle la boca agua las pinturas de la vida que los dos llevarían por esos mundos si fueran libres, lo tentaba a tirar la parada diciéndole:

– Lo único que usted tiene que hacer es soltarme a mí con los dientes y acompañarme.

Pero el chivo era muy cobarde y siempre se oponía a los planes del perro. Todos los días el perro le dedicaba la misma cantaleta, y aunque al chivo se le salían los ojos de las ganas que le daban, siempre le contestaba:

–Uhm, mire, vale perro, todo eso que usted me cuenta es muy bonito, pero a mí me da mucho miedo salir. Por ahí hay mucho animal malintencionado.

A lo que el perro, que era muy bravucón, lanzaba tres gruñidos bien fuertes y le retrucaba con esos dientes pelados:

– No hombre, no tenga miedo, vale chivo. ¿Usted cree que a mí me tienen esta cadena en el pescuezo por lujo? Es que hasta el amo me tiene el miedo hereje, y eso que me recogió desde chiquito.

Otros días, cuando el chivo se encontraba más distraído comiéndose un pedazo de trapo o buscando en el suelo a ver si encontraba una cueva de bachacos, el perro siempre con su idea en la cabeza lo sorprendía a boca de jarro:

– ¿Qué hubo, vale chivo? ¿Se decide?

Y el chivo no contestaba en seguida, sino que se quedaba como si estuviera consultando con su conciencia, y después de mucho pensarlo le salía con lo mismo:

–No, vale perro; todavía no. Yo voy a pensarlo un poco más.

Y pasaba un día y otro día, y pasaba el tiempo, y el perro seguía con su cuestión y el chivo no y no. Hasta que por fin una tarde el perro parece que estaba más inspirado y logró convencer al chivo con sus historias y con su labia.

– Bueno, vale chivo le dijo entonces el perro al chivo, ya que estás decidido quítame esta cadena.

El chivo le quitó la cadena al perro y los dos salieron por fin a correr mundo.

El perro iba escotero; no llevaba nada de bastimento; pero el chivo sí llevaba el hocico metido dentro de un morralito de maíz con las puntas amarradas de cacho a cacho. Ese es el porsiacaso de los chivos. Cuando se lo ponen parecen que andan con una careta. Camina que te camina, ya habían recorrido muchas leguas de sabana y la tarde estaba cayendo, cuando al desembocar en una caja de monte divisaron en el suelo una cabeza de tigre toda llena de sangre. Ver el chivo aquella cabezota y ponerse a temblar

del miedo fue una. Y paticas pa qué te tengo, se echó a correr por esa sabana, y el perro atrás llamándolo hasta que por fin lo alcanzó, y trayéndolo por una oreja se puso a convencerlo:

– No sea zoquete, hombre, ¿no ve que esa bicha es de tigre muerto que ni cuerpo tiene?

El chivo no se mostraba muy convencido, pero así y todo el perro logró hacer que recogiera la cabeza y la metiera en el morralito junto con el maíz, y hecho esto siguieron su camino.

– Usted va a ver que esa cabeza nos va a ser muy útil, compañero le dijo el perro

Ya de nohecita estaban bien cansados cuando sin darse cuenta fueron a dar a la entrada de una cueva, donde una familia de como cinco tigres mariposos estaban comiéndose un burro que habían matado esa tarde.

Cuando los tigres vieron a los viajeros que se acercaban, se pusieron contentísimos y empezaron a decir con esa chocancia:

– Caray, miren lo que viene ahí. Pasen adelante, amigos; a buena hora llegan porque no teníamos el seco para hoy.

El chivo al ver a los tigres y oír esa ronca, paralizado como estaba por el miedo, se quedó a prudente distancia. Pero al perro no se le enfrió el guarapo. Al contrario, sacó el pechito y se enfrentó muy fresco con los tigres:

– ¿Quién es el jefe de ustedes aquí, ah?

– ¿Y a ti qué te importa eso, cagoncito? – le preguntó uno de los tigres.

– No, yo para señalarle una cosa.

– ¿Qué cosa?

- ¿Ah, usted es? Bueno: ¿usted ve aquella cabezota que trae el chivo en el morral? Esa es la del tigre más chiquito que hemos matado hoy.

Y llamó al chivo.

El chivo sabía que si corría estaba perdido, y aunque casi no podía moverse con el temblor que tenía, se acercó a la llamada del perro.

El perro sacó la cabezota de tigre del morral, y con una gran bravuconería la colocó en el suelo ante la admiración y el terror de los tigres que ahí mismo se pusieron chiquiticos y no hallaban qué zalamerías y agasajos hacerles para que les perdonaran la vida. Les sirvieron la mejor comida que tenían. Los viajeros comieron hasta más no poder, y el perro entre bocado y bocado soltaba los ladridos más roncós que tenía en su repertorio, cosa que hacía que a los tigres se les destiñeran las manchas de tan pálidos que se ponían.

Ya bien entrada la noche, el perro le preguntó a uno de los tigres:

– ¿Y dónde duermen ustedes?

– Allá arriba, en aquella trojita – le contestó humildemente el tigre.

– ¿Y suben...?

– Por ese tronco que está ahí todavía. contestó el tigre más humilde.

– Está bien -tronó el perro. Nosotros necesitamos la troja por esta noche. Ustedes dormirán abajo.

– Lo que usted mande –contestaron todos los tigres.



En seguida el perro se subió a la troja por el tronco. Pero el chivo, al verse solo entre las fieras, le entró otra vez el miedo y empezó a temblar de nuevo.

Viéndolo en ese temblor, uno de los tigres dijo con burla:

–Gua, ¡adiós carrizo! El maestro como que está temblando.

A lo que el perro contestó desde arriba:

–Ese tiembla de lo puro bravo que está. Modere ese carácter, vale chivo, y véngase a dormir.

El chivo ya había empezado a subir; pero qué va. ¿Usted cree que podía? Sea porque el temblor no lo dejaba, sea porque tenía las pezuñas muy afiladas, cada vez que trataba de afincarse en el palo, se resbalaba.

–No haga tanto ejercicio, y suba ligero-le gritó el perro desde la troja. Animado por lo cual el chivo logró al fin subir. ¡Concha! Con esa amoladita que les dio le quedaron esas pezuñas como unos cuchillos le dijo el perro. Eso debe ser para equiparárselas con los cachos, porque esos cachos suyos cortan un pelo en el aire.

Los tigres escuchaban esto abajo y se quedaban calladitos, mirándose medrosamente unos a otros.

Al poco rato los tigres, que se habían acostado abajo, se durmieron y empezaron a roncar. Pero el chivo, nada que dejaba que el pobre perro cogiera el sueño.

–En buen berenjenal me metiste- le reclamaba. Yo estoy temblando de miedo....

–Pero chico, no seas cobarde; duérmete y déjame, ¡carrizo!

Así estuvieron hasta la medianoche. Por fin el sueño venció al chivo; pero no acababa de quedarse dormido que millones de tigres con las bocotas abiertas venían a comérselo. Se despertó dando un berrido, y soltó un brinco que hizo que se desbandaran los palos de la troja, armando el gran escándalo y cayendo el pobre chivo de bruces al suelo en medio de los tigres.

Con la misma se despertó también el perro, y dándose más o menos cuenta de lo que pasaba, rápidamente le gritó al chivo con un vozarrón:

-¡Así es, compañero! ¡Agarre usted al más grande, que yo me ocupo de los demás!

Y los tigres tan sorprendentemente despertados, confundidos por lo que estaba pasando, al verse al chivo encima y oír aquella gritería del perro, dijeron la pistola, y paticas pa qué te quiero salieron a la desbandada, para a la mañana siguiente amanecer contándose los unos a los otros que se habían salvado de milagro, mientras el perro y el chivo, ya lejos del lugar, continuaban su camino muertos de risa.



DON INOCENCIO UTRERA
ME CUENTA UN CUENTO



Handwritten text, possibly a title or description, located at the top of the page. The text is faint and difficult to read, but appears to be arranged in several lines.



En la bellísima, próspera y antigua Grecia, en época de Pericles, época que llevaba el nombre de "Siglo de Oro", sucedió un pequeño acontecimiento digno de mención en el actual siglo XX:

Decíase que en uno de los barrios más despoblados vivieron dos familias de frente a frente, las cuales eran muy humildes, pero ricas en sabiduría. Por una feliz coincidencia, un día de San José, nacieron en esos hogares, en uno, un niño, y en el otro, una niña, que debían llevar el nombre de José y Josefa.

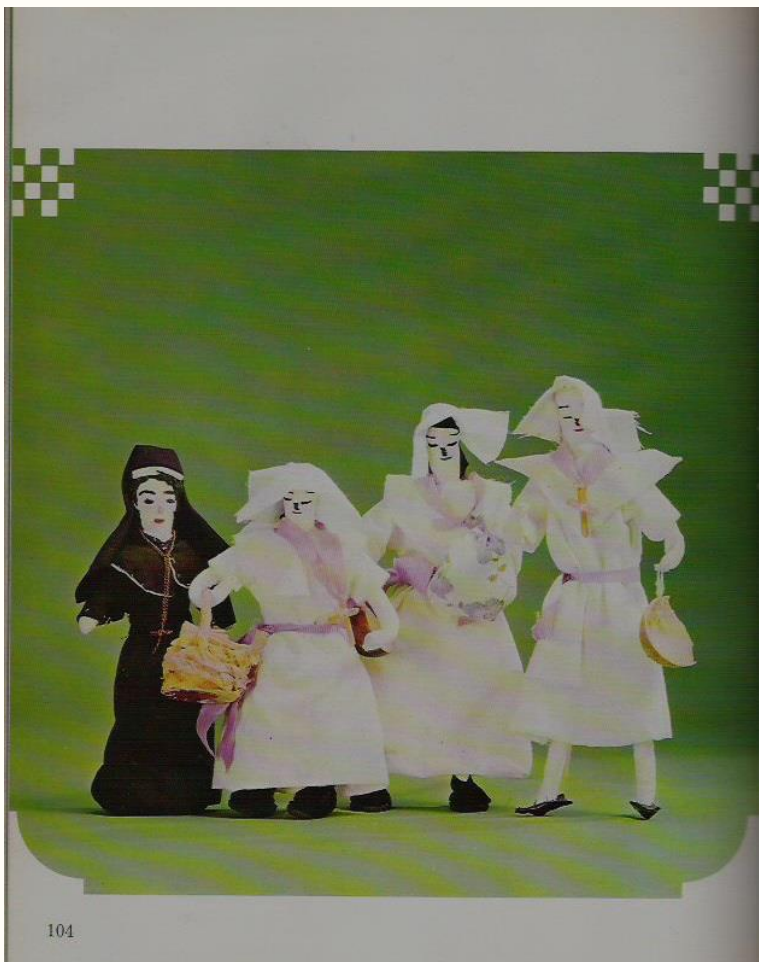
Dicen que desde la llegada de aquellos niños los hogares fueron alegres por cantidades de avejillas posándose en las cunitas y en distintas partes y que jamás olvidaron esas mansiones. Los niños fueron creciendo con el cuidado de sus padres y la alegría por el gorjear de aquellas lindas avejillas.

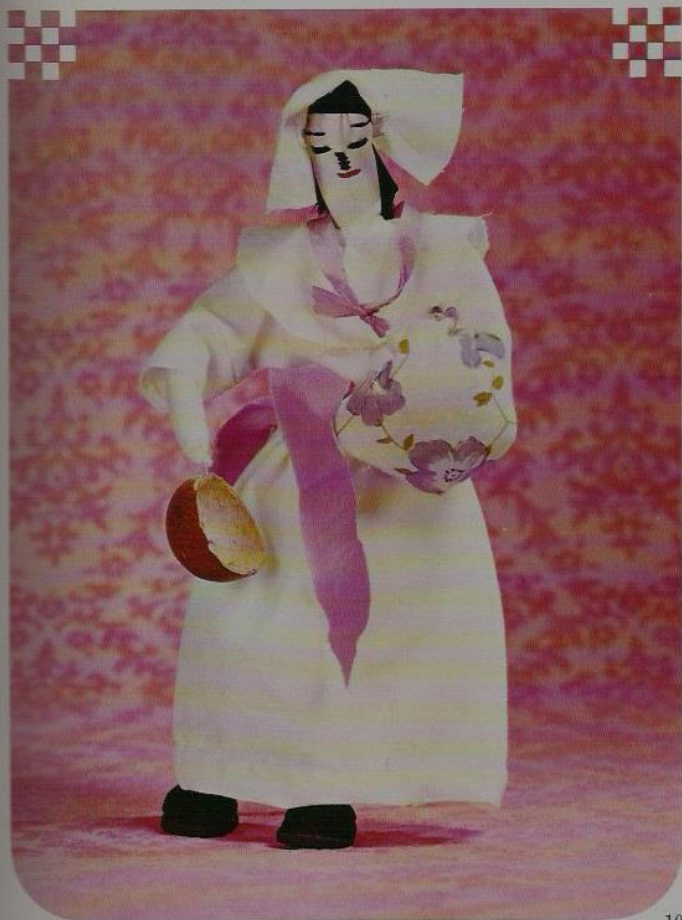
A la una de la mañana del día en que los niños entraban a cumplir los seis años de existencia, la niña se levantó sobresaltada llamando a sus padres para decirles que un ángel le había dicho en el oído que su nombre no sería Josefa, sino Esid.

Sus padres se levantaron admirados al ver una gran claridad y un lindo ángel que salía por uno de los grandes postigos de la ventana.

El pueblo, sabedor de aquel milagro, visitaron entusiasmados aquellos privilegiados hogares.

Los niños fueron creciendo con la vocación del Magisterio, carrera que siguieron, siendo luego sabios educadores. El Gobierno ordenó construir un gran edificio para Colegio, nombrando Directores a José y a Esid, que así fue el nombre puesto por el ángel la mañana de su visita.





Aquellos dos profesores al cumplir sus 25 años de edad, se unieron en matrimonio y juntos fueron a cumplir la bella misión magisterial.

Lo primero que hicieron José y Esid fue un bellissimo e inmenso jardín compuesto de las flores más lindas y preciosas, hablaron con el Gobierno para que les mandasen árboles, árboles que cuando crecieran dieran manojos de flores multicolores.

El Gobierno les cumplió la petición exigida y un Día del Árbol, Profesores y niños cubrieron los alrededores del Colegio y la bellissima Avenida del Cementerio con arbolitos preciosos, plantas que crecieron al cuidado de ellos. Dichos árboles cuando florecían dejaban caer pétalos de distintos colores y aquello parecía un paraíso celestial.

Aquel Colegio donde todo había sido alegría y felicidad por sus profesores y niños y por lasavecillas que desde que José y Esid, habían nacido no se habían separado de ellos, vino a entristecerse por la enfermedad y muerte de la Profesora Esid, muerte que acaeció un Día de San José.

El féretro fue conducido con honda tristeza por esposo, maestros y alumnos de distintas edades que habían recibido Luz de aquella insigne y querida educadora.

Las tristesavecillas de la antigua Grecia volaban en silencio con pétalos del jardín, posándose en el ataúd, otras en los hombros del Profesor, maestros y alumnos; otras desplegaban pétalos para dejarlos caer encima de la que se marchaba para no volver; otras dejaban caer flores en la fosa.

Después de sepultada, lasavecillas se quedaron encima de la triste tumba, con sus diminutos picos hacia el cielo, como pidiendo por aquella que tanto acompañaron desde pequeña y que ahora se había ido para siempre, y pidiendo por los seres que

han muerto y por los que siguen la digna carrera de esparcir Luz a la humanidad. En aquella última morada fue colocada una lápida con esta inscripción:

Aquí en este mausoleo están los despojos de la dama educadora que nació un Día de San José y que su verdadero nombre debía ser Josefa, pero, por indicación celestial hubo que llamársele Esld. En vida, cuando la educadora firmaba este nombre, lo hacía de arriba hacia abajo, así: ESLD

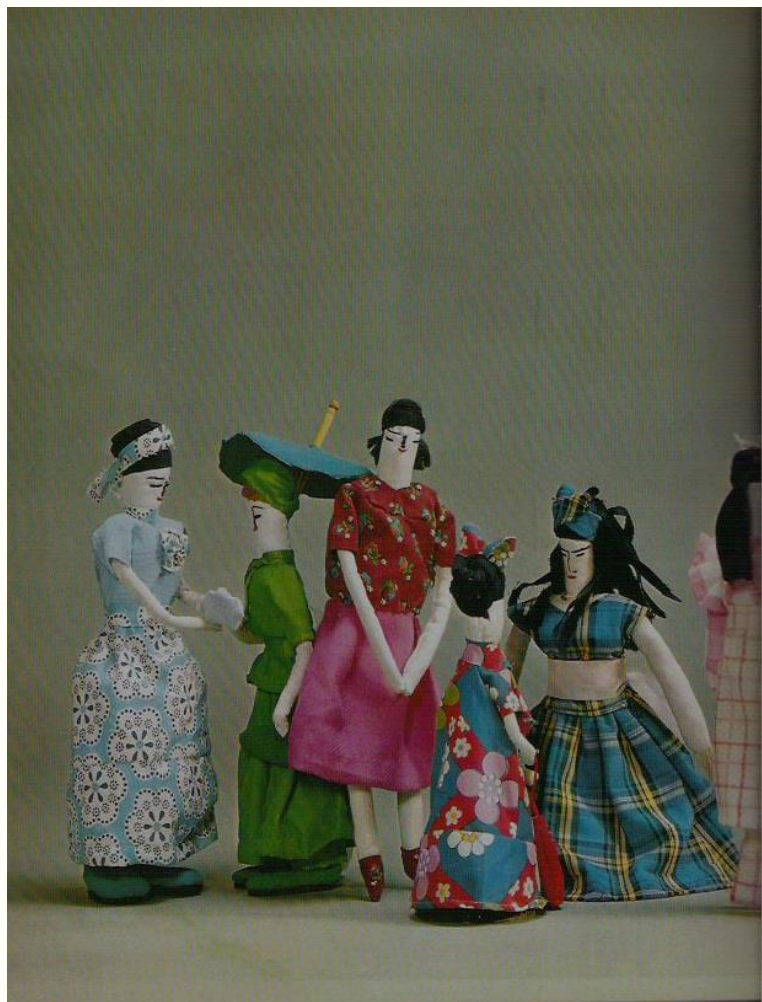
La leyenda termina relatando que en la loza su nombre fue grabado como ella firmaba, de arriba hacia abajo y que de cada letra iban saliendo otras. Hasta que un día de San José, todo el texto claramente pudo leerse así:

El que cuide al pajarito Siempre y sin hacerle mal

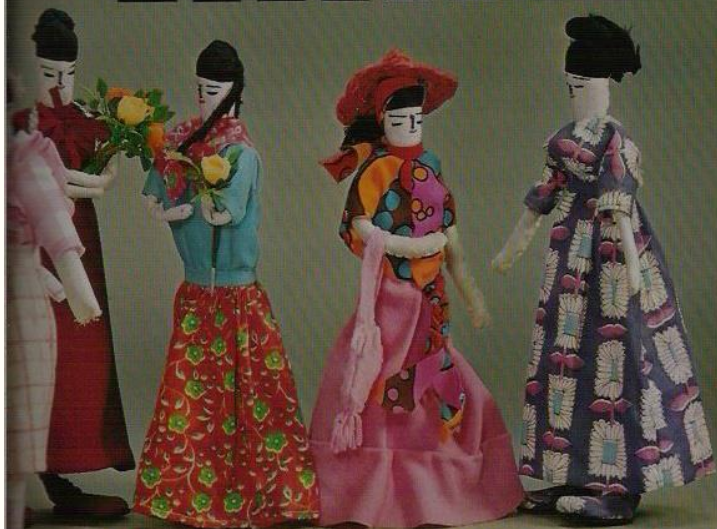
Lo cuidará Jesucristo Desde el Reino Celestial.

Y desde entonces sirvió de ejemplo ese milagro y en el mundo entero se prohibió hacer mal a las avecillas que son el adorno de los cielos y todos los niños buenos se preocupan en amar y cuidar a los pajaritos y a las demás especies.

Niños: colgad y abandonad vuestras "hondas" o "chinas" y Dios tomará muy en cuenta a la hora del Juicio, que en vez de que le mates o maltrates sus avecillas creadas por El, te esmeres toda tu vida en ver en ellas una bella creación del Señor.



UNAS
MUCHACHAS
Y SUS CASAS





Por la calle donde yo vivo hay una gran cantidad de muchachas de colores.

No sé cómo puede arreglárselas dicha calle para pintar todos los días semejante cantidad de muchachas. Imagínense ustedes los festejos organizados con motivo de la inauguración de un trasatlántico, o que al correo aéreo se le fueran volando las cartas por el camino, o que de pronto a unos poetas se les ocurra saquear una floristería; algo así son las muchachas de colores de la calle donde yo vivo.

Sus novios vienen los domingos para llevárselas a pasear en un carro de helados o para ir a sentarse junto a ellas en algún parque, aprovechando de vez en cuando la ocasión para beberse las flores a pico de botella.

Las casas donde viven las muchachas en cuestión son igualmente bonitas que ellas.

Y lo que su belleza tiene de triste es que no tienen para vestirse sino los colores que le sobran a ellas de sus vestidos.

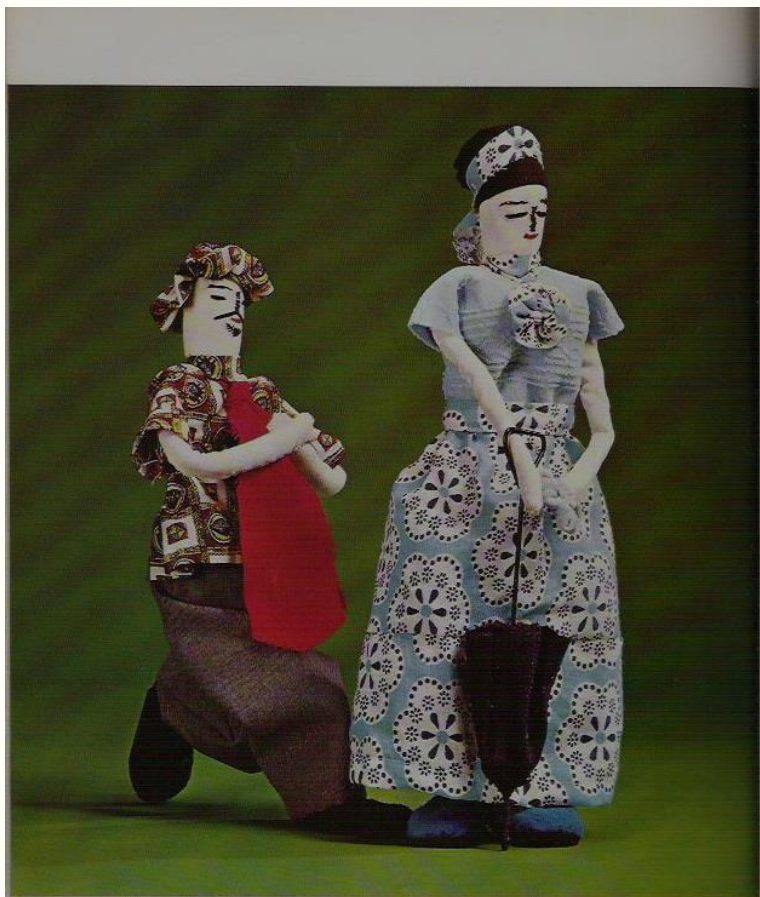
Y no hay cosa más lamentable que vestirse uno de colores que le quedan grandes.

Yo de alguna manera soy el que vive en esas casas; soy el que flota atolondradamente al viento en sus cuerdas de pobres trapos puestos a secar; tal vez sea yo esa derrotada camisa que desde el alambre de tender a que está sujeta le pide clamorosamente auxilio al paisaje.

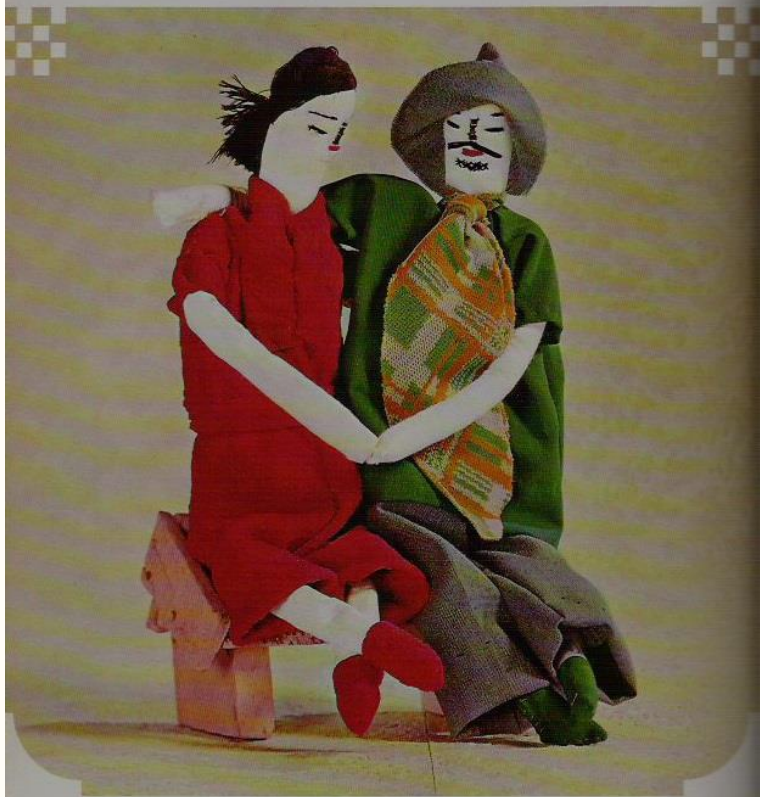
¡Casas pobremente vestidas de colchas de retazos! Es posible que algunas de ellas estén enamoradas de mí, porque de otra manera no se comprendería que en los días lluviosos se despojen de sus colores prestados, para llorar infinitamente al pie de mis ojos.

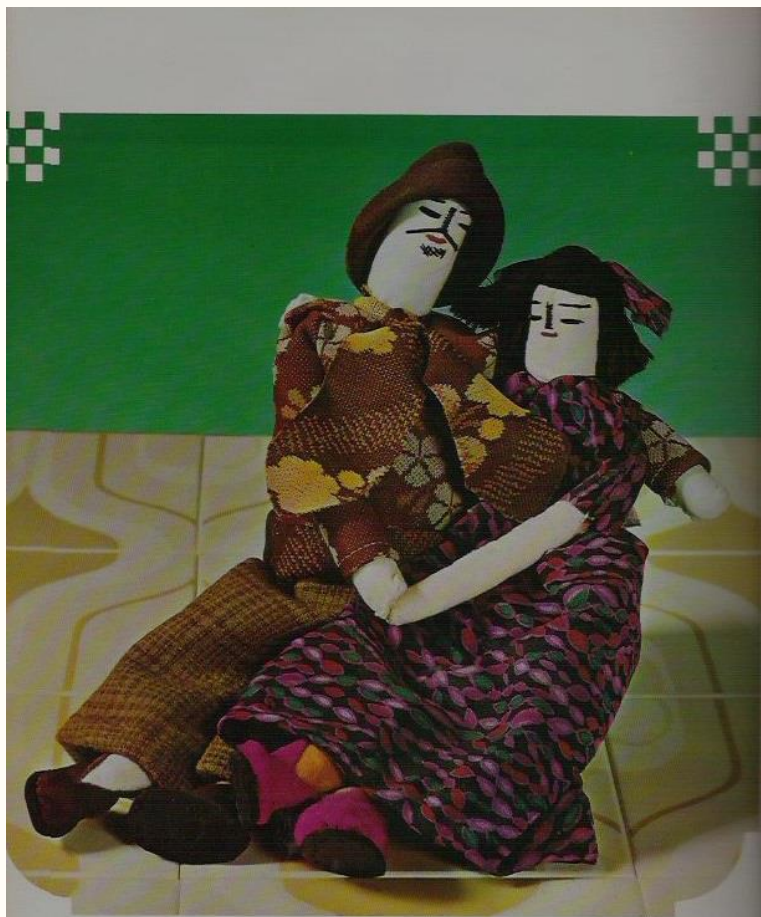












SONIA ESCRIBE UN POEMA

Nuestros amigos nos besaron las sienes y se sentaron a conversar; por delicadeza se abstuvieron de comentar que la hora del desayuno tenía la ropa húmeda.

Así que se sentaron con nosotros mientras la casa no cesaba de llover y Mariíta lloviznando también, pero por dentro terminaba de amortajar la mesa; se veía que todos teníamos ganas de abrir un libro algo viejo; yo pensaba con infinito amor en unas medias de lana que me robaron una vez; Ildemaro desmigajaba con sus dedos entrecruzados un pan invisible, yo tenía gran interés en mostrarles mi secreto depósito de recuerdos.

A todas éstas la mañana continuaba hospitalizada y el horizonte de la ciudad tenía en la puerta un letrero que decía visitas no permitidas.

Así que vinimos a darnos cuenta de la situación porque la llovizna tenía puesta una cofia significativa de que la cosa andaba mal y caminaba de puntillas por entre los borrosos edificios del horizonte y había por ahí unas aburridas rosas que bostezaban, siendo entonces cuando Sonia al salir al balcón y contemplar el cielo como un inconmensurable lavabo nos informó tristemente a todos en ruso: lo que sucede es que hoy es un día de otra parte.





FLORENCIA LE ENVIA SU RETRATO A UN AMIGO

Ahora resulta que Florencia conserva todavía su mismo modelo anticuado de ojos, y yo no me había dado cuenta.

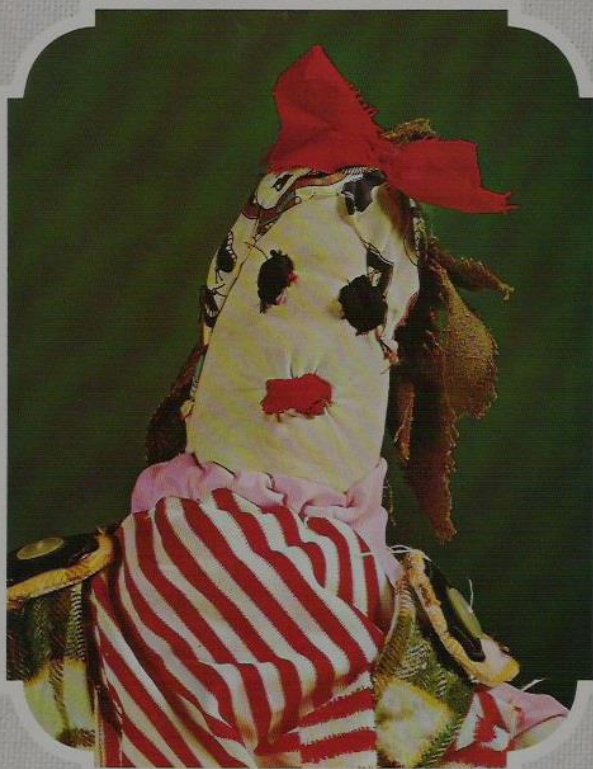
Ahora resulta que los ojos de Florencia son más tristes que los parques públicos el lunes por la mañana vistos por una monja y yo no me había dado cuenta.

Como tampoco me había dado cuenta de que los ojos de Florencia saben quedarse algunas veces mirando con enneblinada tristeza el enmohecimiento de los años que hemos ido depositando por ahí en los rincones, y entonces los ojos de Florencia le piden permiso a la máquina de escribir para ponerse melancólicamente a pensar en campanarios ¿y a dónde habrán ido a parar aquellas cartas?

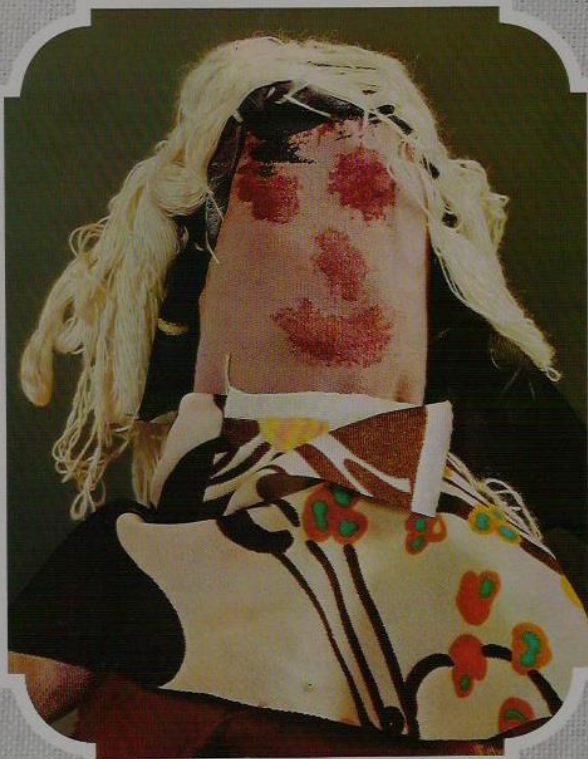
Y ahora resulta que por los ojos de Florencia pasó una golondrina y no me había dado cuenta (¡Era verdad, era verdad!, porque me consta que Florencia no usa golondrinas de contacto).

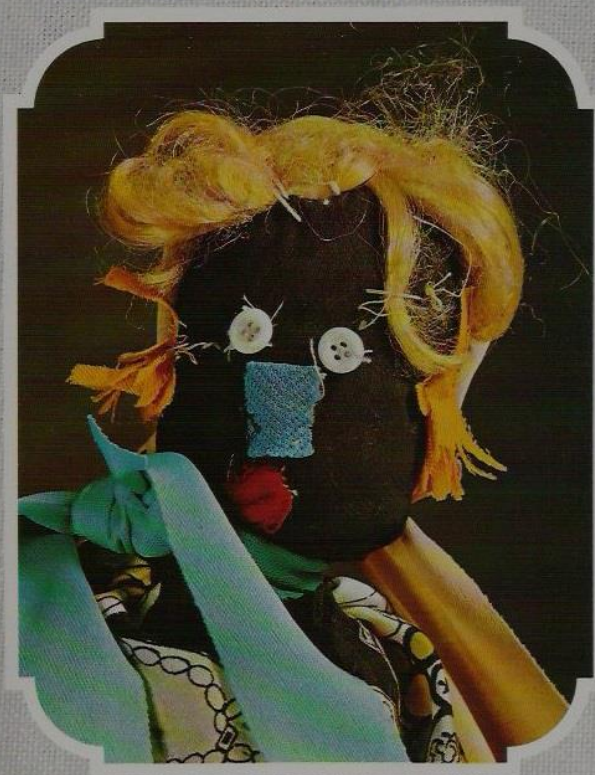
Y ahora resulta que la tal golondrina tampoco se había dado cuenta de que el cielo por el que iba volando eran los ojos de Florencia. Tal vez porque tampoco se había dado cuenta de que a pesar de todo iba volando muy cómodamente, tanto, que hasta mucho después no se atrevió Florencia a cerrar los ojos, por darle tiempo de que llegara al final de su viaje antes de la caída del crepúsculo.

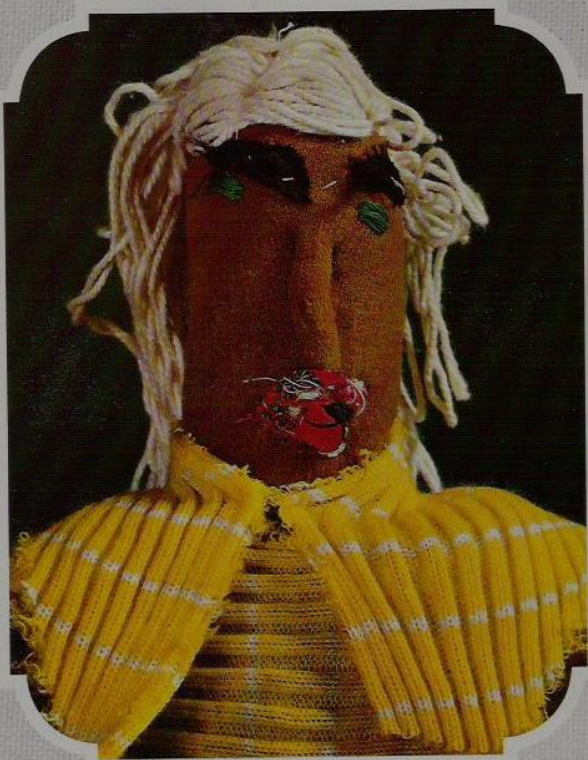
Yo no recuerdo muy bien el asunto, porque mientras todo eso estaba sucediendo se me ocurrió que en aquellos momentos mi madre podría estar en alguna parte llorando, o que ya estábamos en 1927, y ¡cómo pasa el tiempo! yo no me había dado cuenta, porque resulta que estábamos jugando tenis y empezó a llover.

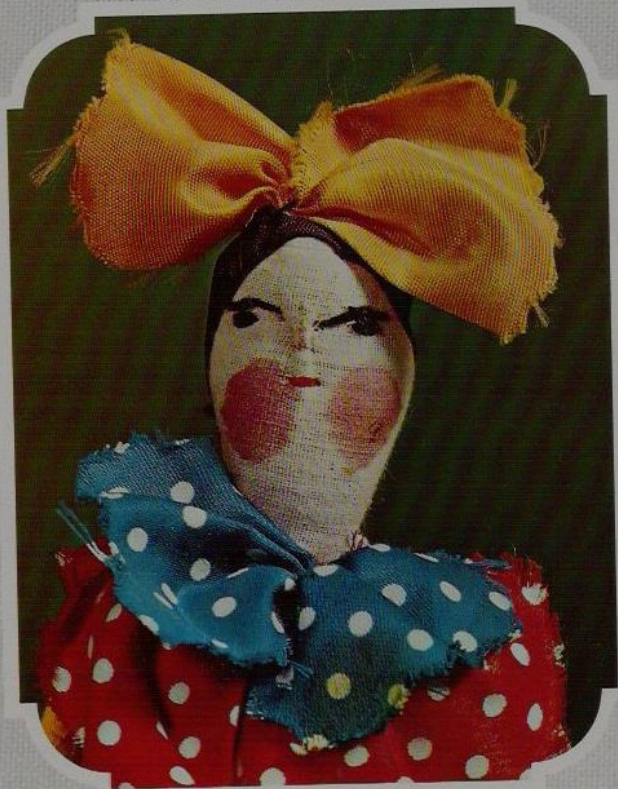


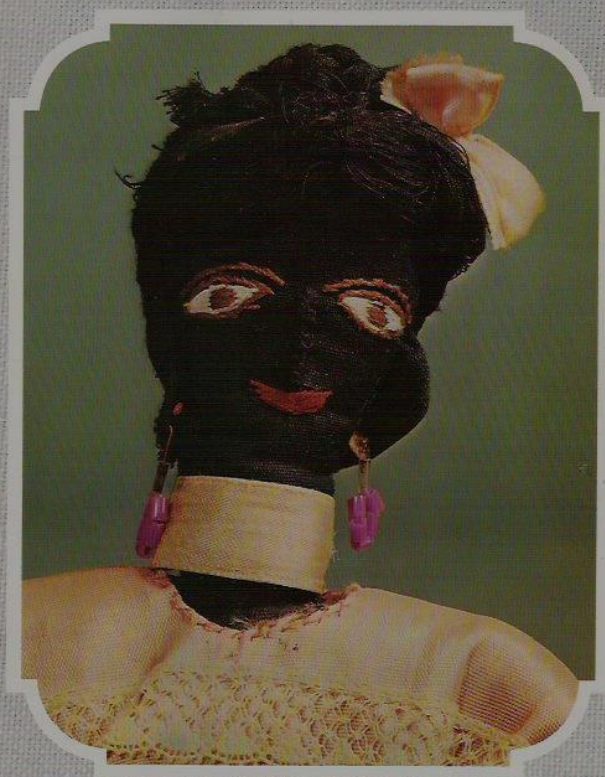
Algunas hojas empezaron a caer haciéndose las tontas, mi corazón estuvo tres días sin ir a su trabajo y era que se lo habían llevado para la policía a aquellas niñas del orfanato las obligaron a lavar el uniforme con sus propias lágrimas y nadie sabía por fin qué hora era porque al día se le había perdido la dirección de su casa, sin que tampoco nos diéramos cuenta de que habíamos caído en una confusión lamentable, trabajadores silenciosos y forzados como nos sentíamos de una gran fábrica de nubes clandestinas, hasta que todos nos pusimos por fin a llorar por los ojos de Florencia sin darnos cuenta de que nada había sucedido, sino que era uno de esos momentos en que Florencia Fuentes saca del fondo de las gaveterías del tiempo sus ojos de la época victoriana, para disponerse a escribir una tarjeta postal cuyo comienzo bien podría ser: hoy ha hecho un día muy extraño en la universidad debe ser porque el señor Dickens ha muerto por aquí son muy raras las golondrinas esta mañana pasó una y todos los muchachos salieron a verla la única que logró verla pasar fui yo te darás cuenta por lo triste que me salió la mirada en ese retrato.

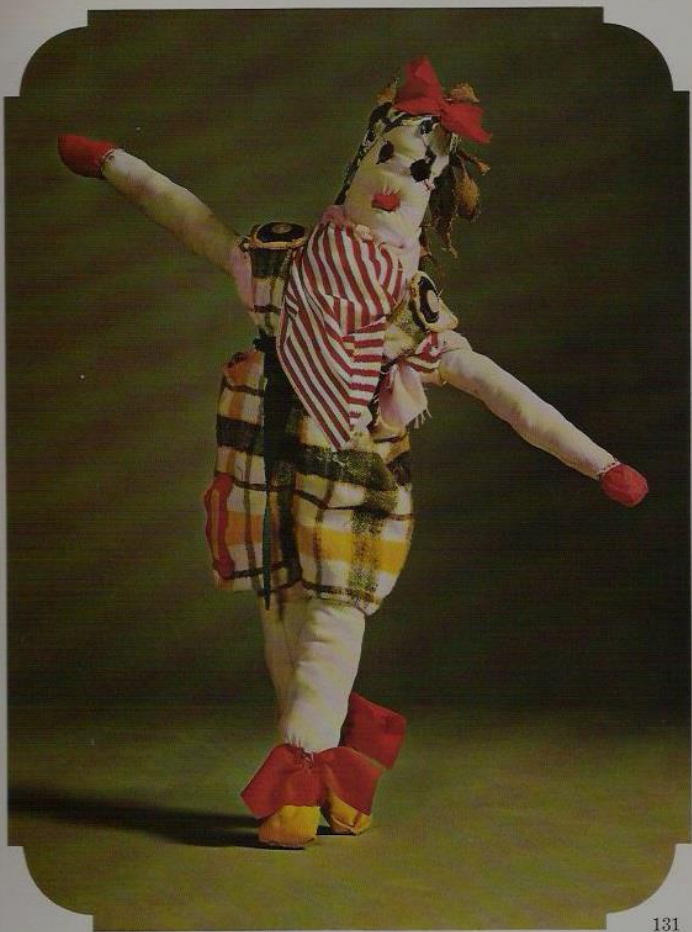


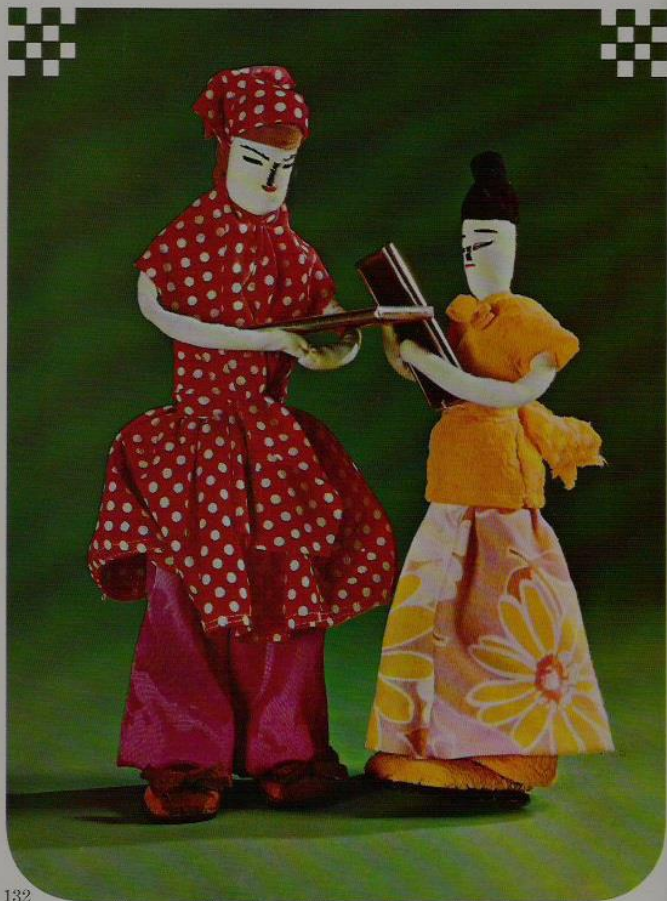








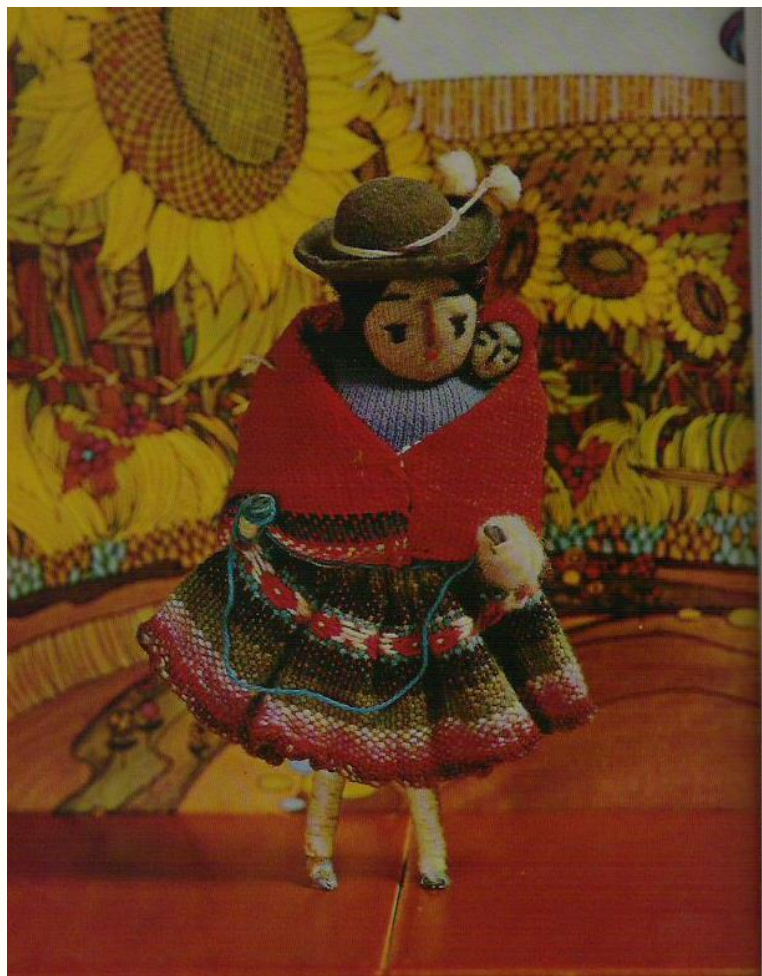




ESCRIBIMOS CON JUAN CARLOS UNA CANCION EN EL ESPEJO DE ALICIA

LLEGABA YA EL HEBIN, BLENDES CAS-QUI-NES
ULDABAN YA JAR-CI-AN EN EL GAR-DOU-
CALIGONOS ES TA BAN LOS CI-BI-NES
Y VENIA EL VER-DAL CON PASO TARBO

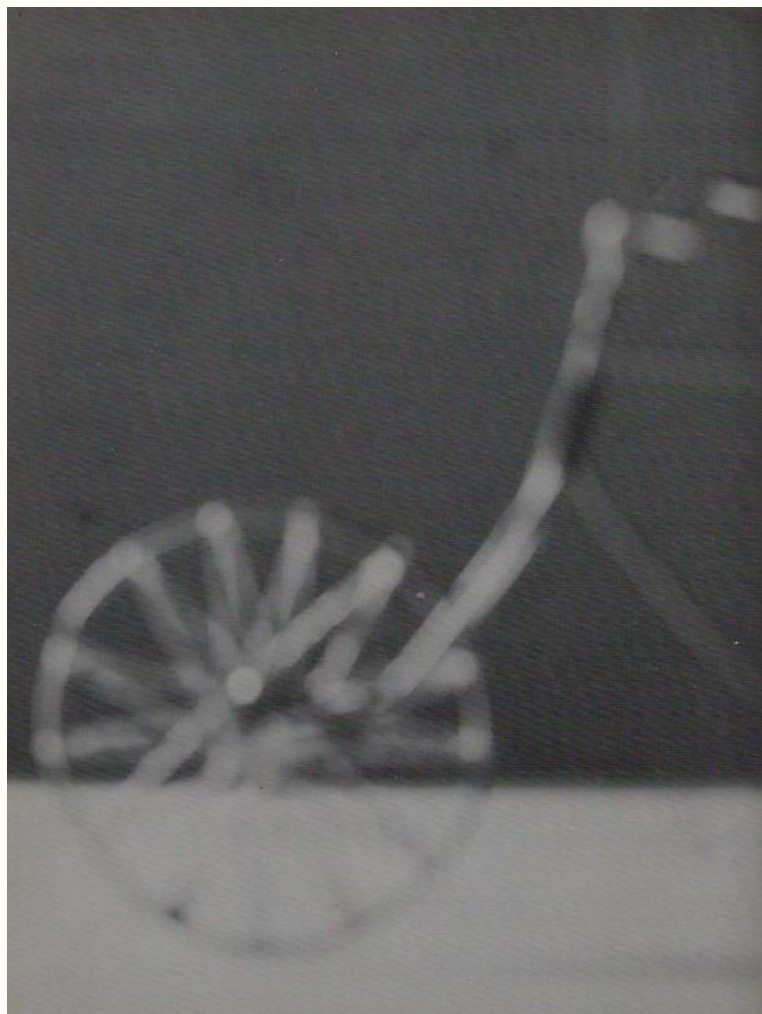
The image shows a handwritten musical score on a four-staff system. The top staff is a treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The lyrics are written above the notes. The second staff is a bass clef accompaniment. The third and fourth staves continue the melody and accompaniment. The lyrics are: 'LLEGABA YA EL HEBIN, BLENDES CAS-QUI-NES' on the first line; 'ULDABAN YA JAR-CI-AN EN EL GAR-DOU-' on the second line; 'CALIGONOS ES TA BAN LOS CI-BI-NES' on the third line; and 'Y VENIA EL VER-DAL CON PASO TARBO' on the fourth line. The music is written in a simple, hand-drawn style with some corrections and markings.



LLEGA LA CHOLITA

Al ingenuo domingo de plaza mayor y visita del obispo, con presurosas patitas de arroyo llegas, cholita, y te instalas como una pequeña iglesia con su torrecita de medio lado, o bien centro de mesa para suntuoso almuerzo de compadres campesinos. El arco iris llevas a la espalda y en él, como una almendra envuelta un niño.

Reina de las aves, verdadera gallina de los huevos de oro, entre tu nido de colores, allí cacareando ranticúa y caserito, empollas manzanas, naranjas del color de tu frente, o juguetes que tienen la edad de tu inocencia y panes que al comérselos saben a besar tus manos, cholita. Luego recoges en tu aguayo los últimos colores del día y con el arco iris al hombro te vas, adiós cholita, corazón del domingo.



ROQUIL



La época de Cuaresma estaba señalada en nuestro pueblecito por la llegada de los vientos y de las cigarras. Con las alas todavía húmedas por los dos o tres chaparrones anunciadores del cercano invierno, miles de cigarras emergían de la olorosa tierra para asaltar los árboles en un vuelo alocado y ansioso. Y entonces iniciaban aquel coro sin fin, sin descanso, aquel chirriar que completaba con lo ardoroso de los días, la imagen de que los campos se asaban al sol, y que acentuaba por contraste la silenciosa tristeza siempre reinante sobre aquellos lugares. Al anochecer, con el último resplandor solar se callaban las cigarras y comenzaba el viento. En el silencio nocturno se oía su rumor como el de un río crecido que pasara por encima de los tejados. A veces llegaba de la lejanía el momentáneo aspaviento de una lámina de zinc que salía volando de algún techo no se sabía de dónde. Atraída por el ruido, alguna mujer corría en ese momento hacia el postigo, pero apenas se asomaba volvía precipitadamente a cerrar, amenazada por las tolvaneras de polvo que se levantaban de las solitarias y larguísimas calles, eclipsando los contados bombillos del alumbrado público. Desvaídas en el viento llegaban de tarde en tarde las campanitas del reloj de la iglesia, dando una hora que nadie alcanzaba a definir. Y toda la noche era ese seco batir de las palmas en los patios, ese susurrar de los árboles, ese gemir de amarraderas de hamacas en la oscuridad, que hacen a los muchachos del campo saltárseles las lágrimas, muertos de miedo debajo de sus pobres cobijas.

¡Cigarrales y anchos vientos de la Cuaresma bajo el cielo de Aragua! "Miss Atamaica" y "La Estrella de Palestina", las dos tiendas mixtas que en el pueblo podían ofrecer desde polvos "Sonrisa" hasta piezas de repuesto para molinos de viento, se animaban en esos días con la menuda romería de vegueros y cortadores de caña, que venían a escoger sus guarandoles y zarazas, sus sombreros de peloeguama nuevos, o sus arrugados zapatos de suela sin lugar, para preparar con tiempo los estrenos

de la Semana Santa que ya se acercaba. Era el tradicional "baño de tienda" que el pueblo se daba y les daba a sus niños una vez cada año, para poder asistir decorosamente a la única fiesta de alguna significación en su desabrido calendario. Los vestiditos para niñas en los más fulgurantes colores del raso "Liberty", los enjillados fluxes de dril "Cabeza de Perro" que los tenderos bajaban de sus clavos utilizando una vara de guayabo terminada en una horqueta, iban después a congregarse en la Plaza, alrededor de las grandes procesiones del Jueves y Viernes Santo: Primero pasaba la "Humildad y Paciencia", con un Jesús de semblante agónico, que parecía trasuntar en su expresión de martirio, la de los ocho campesinos que sudaban bajo el peso de la enorme tarima; luego, con el rostro casi vidrioso por las acumuladas manos de charol copal, venía La Dolorosa inmovilizada en el ademán de ir en socorro del maltratado Hijo. Y a continuación, como el más extraño "monumento" de aquel vía-crucis, apagando con su furioso ruido el rumor del rosario, seguía el entablado donde cuatro peones llevaban la plantica "Delco" a gasolina, que proveía de iluminación eléctrica a los santos personajes. En rumorosa multitud donde se confundía el olor de las velas prendidas con el de las telas acabadas de estrenar, iba por fin el grueso del pueblo, con sus mujeres que habían optado por quitarse los apretadísimos zapatos nuevos y llevarlos en la mano; con sus viejos de quijotesco empaque, blusa desabotonada y chaparrito en la mano, que desanudaban unos centavos del pañuelo para comprar dulces a tres o cuatro muchachas vestidas de un mismo tafetán chillón. Y entre ellos, las cuerdas de callejeros muchachos, desgñados, de cara indescritiblemente sucia, algunos desnudos de la cintura para arriba, todos ellos descalzos, uno que otro calzado con una sola alpargata, que circulaban apagándoles las velas a las niñas más pequeñas, recogiendo las colillas todavía fumables, o bien jugando "Policía y Ladrón" por entre las piernas de los abrumados cargadores del Santo.

Roquil figuraba invariablemente en estas pandillas calificadas por las celadoras del Catecismo como los instrumentos de que se valía el Diablo para lastimarle las llagas al Señor.

Tenía diez años y nunca había conocido una escuela. Jamás lo vi con otra ropa que no fuera aquel pantalón erosionado y sucísimo, con su tirante único todo retorcido como una ristra, que se le caía haciéndole gran vacío por un lado hasta dejarle al descubierto la desmedrada cadera, siempre signada de apolismamientos recientes, y aquella franela a rayas desteñidas, herencia probable de algún pariente adulto, y cuyas mangas, cortas para un hombre, le llegaban a él más abajo de los codos, permitiéndole usarlas cuando estaba llorando, para limpiarse con una las lágrimas y con la otra los mocos. Acomodados a la permanente falta de alpargatas, los pies le salían de las chorreadas canillas chatos y explayados como las patas de un palmípedo. ¡Tenía fama en su vecindario de ser el muchacho más malo del pueblo, prestigio que parecía corroborar su propia madre tan parecida a él en suciedad y en delgadez! - al sustituirle su bonito nombre por epítetos como Demonio, Pedazo de Perro, Hijo de los Infiernos y Malparido. Pero sus ojos claros y su carita huesosa y llena de pecas irradiaba una vaga tristeza que lo predisponía a uno en su favor. Muchas veces yo que vivía en su vecindario debí intervenir a veces desde nuestro patio:

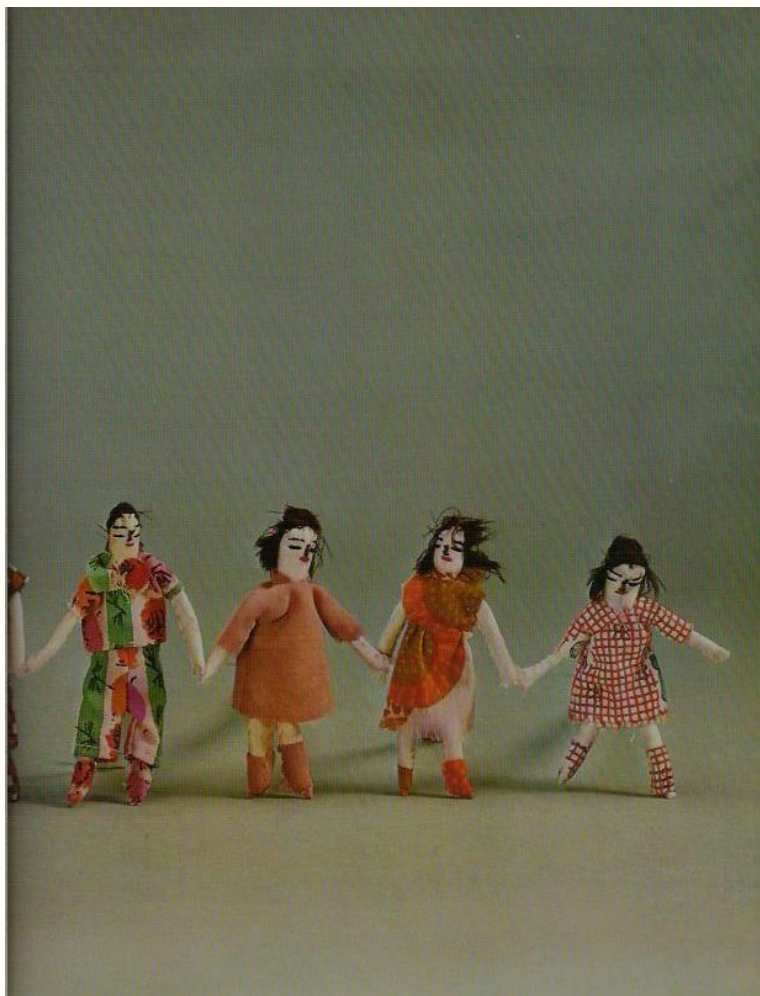
¡Ya está, Josefa, ya está! para aliviar los feroces castigos con que la pobre mujer creía señalar a su hijo el camino del bien. A más de Roquil tenía Josefa otros tres hijos, y era evidente la preferencia que por ellos sentía en relación con su pequeño vagabundo. Parecía que desahogaba en él un sordo rencor contra la clase de vida a que el nacimiento del muchacho la había lanzado. Venido al mundo mucho después de muerto el padre de los otros hijos, Roquil significó para ella la ruptura del único vínculo, el de la fidelidad póstuma, que la unía con la familia del difunto. Y desde entonces fue un fatigoso rodar por aquellas

tierras, ya como machetera, recogiendo caña en las zafras, ya como lavandera de trapos ajenos a la orilla de los ríos, siempre con los catarrosos muchachos colgándosele del camisón, con sus interminables berridos, sus cabezas llenas de granos y sus ataques de lombrices.

El mayor se le fue una vez en un camión, y no vino a saber de él sino cuando alguien llegó a mostrarle un periódico en el que aparecía retratado, entre otros casi tan mozos como él, igualmente desgreñados, de expresión sombría e igualmente distinguidos con una complicada numeración encima del pecho. Había caído por algo más que un robo y que un crimen, por algo todavía más vil, que aun a las ignorantes madres del campo les hace bajar la cabeza con el corazón lleno de oprobio y amargura. Logró entonces internar en una escuela de oficios al hijo que seguía en edad al mayor, y se quedó con el tercero, con la única niña entre los cinco hermanos, y con el maldecido Roquil.

Lo castigaba con abundancia y con crueldad, auxiliándose del otro hijo cuando le amarraba las manos para pegarle, arrodillándolo encima de tapas de cerveza, a veces con el añadido humillante de despojarlo de los pantalones, dejándolo en ese estado y de rodillas, en lugar donde fuese visto por todos los que llegaban y aun por los que pasaban por la calle cuando la puerta había quedado entreabierta.





En desquite, el muchacho aprovechaba cuanta ocasión tenía para hacer largas fugas a las cercanas siembras y campos, dando rienda suelta a su exacerbada rebeldía en saqueos de hortalizas y pedreas de pájaros e iguanas. Aleccionado por los más diestros de la pandilla, llegó a robar los haberes del propio hogar, para horas después regresar contentísimos, mostrándoles a los hermanos un pajarito en su jaula y un patín viejo, destino indudable de los cuatro reales duramente exprimidos a la batea por la madre.

Era entonces el primer día de la Semana Santa. Y el temor de Josefa a lastimarle las llagas al Señor, salvó a Roquil de la paliza que, en otra época del año, en carnaval, por ejemplo, hubiera significado su defunción por desollamiento. Pero Roquil recibió un castigo todavía más doloroso, y cuya dureza no se comprende sino cuando uno ha sido un niño de campo y ha llegado a los diez años vistiéndose de lo dejado por otro, sin haberle podido decir nunca a nadie: Este pantalón es mío. Esta muda de ropa me la compraron para él estreno de Semana Santa.

Así, pues, Roquil no estrenaría tampoco este año. Si el anterior fue porque no alcanzó para todos, este año sería para que aprendiese a ladrón de su propia madre.

- ¿Usted no compró pajarito y patín? berreaba Josefa. Pues ahora se goza: ipóngase pajarito y patín!

Los otros dos hijos de Josefa asistieron con ella a la primera procesión de ese año, luciendo algunos de los estrenos más modestos que podían proporcionar las polvorientas armaduras de "Miss Atamaica". A más de unos zapatos amarillos, puntudos, algo chillones y con los que caminaba como pisando flores por ser los primeros que se ponía en su vida, el muchacho llevaba una camisa de violenta decoración escocesa y que Josefa, con su experiencia de lavandera, le había escogido dos o tres números más grande, previendo las sucesivas encogidas que sufriría a las

dos primeras lavadas. La muchachita parecía un angelito de cuadro vivo escolar, metida dentro de un centelleante vestidito de tafetán azul eléctrico, que le llegaba mucho más abajo de la rodilla. Para entrar en la iglesia le habían comprado también un pedacito de punto de mosquitero, pero ahora lo llevaba hecho un bollito en la mano, a imitación de las Hijas de María, que así hacían cuando tenían para mostrar algún bonito peinado ejecutado por la propietaria del "Salón Adelfa". Roquil se había quedado llorando en la casa, primera vez seguramente que hacía ambas cosas por iniciativa propia. El viento pasaba rugiendo por encima de los tejados, y él sollozaba pensativamente sentado bajo el único bombillo de la casa, contemplándose los despalmados pies, limpiándose una y otra vez los mocos en el bolsón que formaba la manga de la franela más abajo del hombro. Arrancada de algún árbol por el rugiente ventarrón, una cigarra vino a chocar contra la pared del corredor, cayendo luego a los pies del niño. La recogió, con la otra mano se sacó del bolsillo una caja de fósforos donde guardaba una goma de borrar y una tuerquita de cobre, metió a la cigarra dentro de la cajita, se lo volvió a guardar todo en el bolsillo, y siguió llorando amargamente hasta que se quedó dormido.

No se sabe si fue el esplendor de aquel viernes, el más luminoso que recuerda una Semana Santa en Aragua, lo que contagió de generosidad el corazón de Josefa. Las cigarras de abril se dilataban en un coro que evocaba dulces lejanías, y los campos se alfombraban con las rojas y amarillas flores del bucare y del araguaney. Era un día de horizontes dormidos, de mariposas que andan como de puntillas por el aire, de brisas mansas cuyos esporádicos arreciles levantan de cada punto del paisaje una apagada explosión de vilanos. Como muchos niños del campo sus vistosas muditas de ropa todavía olorosas a tienda, el pueblo había amanecido esa mañana estrenando un cielo nuevo que parecía quedarle demasiado grande. Impulsada por una súbita ternura, Josefa llamó desde la cocina: ¡Roquil! Y con un seco:

Tome y no envaine, no le dio en la mano, sino le tiró sobre el fogón, una moneda de veinte centavos.

Lagañoso, patine en el suelo, con media cara embadurnada de amarillo por el mango que acababa de comerse, flotando en unos saltos de volatín que destacaban su delgadez de palito dentro de la enorme franela, en la carrera que emprendió completaba la estampa de un espantapájaros que se hubiese escapado de algún cercano conuco.

Se detuvo junto al taller oloroso a herrumbre y aceite viejo, donde se alquilaban las bicicletas. Vio las armazones sin ruedas que colgaban de las paredes como esqueletos, vio al hombre que trabajaba con el sombrero puesto, ocupado en buscarle una pinchadura a una tripa, pasándola inflada por una desconchada ponchera llena de agua. Atreviéndose a más, dio un paso en el salón y descubrió el pequeño batallón de bicicletas, alineadas en su tarima de listones, como dispuestas para emprender una carrera. Eligió una que además de dos timbres tenía un espejo retrovisor en el pescuezo del manubrio, y una banderita venezolana en el remate del parafango delantero. Agotó su capital en pagar por adelantado la hora de alquiler, y con gran esfuerzo logró sacar de su trampa de maderas al vehículo que casi lo superaba en estatura,

Alquilar una bicicleta sin saber montarla es cosa que a uno no se le ocurre sino cuando tiene diez años y ha nacido y crecido en un inocente pueblecito de los campos venezolanos. Ese era el caso de Roquil. Había alquilado la bicicleta, en primer lugar, por la sensación de suficiencia que produce a su edad una operación de esa naturaleza, y luego por el placer de ser visto en tan flamante compañía por los otros muchachos del pueblo. Por lo demás, entre las muchas cosas que Roquil ignoraba de este ancho mundo, estaba ese arte difícil que es sostenerse solo encima de dos ruedas en marcha. Sus experiencias en este sentido se

limitaban a dos o tres escarceos de montura por el pedal, todos terminados en lamentables caídas. Atento a la mirada de los contados muchachos que encontraba a su paso (y un tanto desconcertado porque ninguno se mostraba todo lo envidioso que él esperaba), marchaba al lado de la bicicleta llevándola agarrada por los manubrios y complaciéndose en dibujar dilatadas eses y ochos sobre el polvo, con el curso de las ruedas. A cada paso debía detenerse en una endemoniada lucha con la indocilidad del vehículo, que por momentos amenazaba con derribarse con todo su peso encima de él, o arrastrarlo consigo en su porfiada tendencia a desplomarse del lado opuesto. Hubo un momento en que uno de los pedales rozó ásperamente la tierra, recibiendo Roquil en la espinilla la pateadura del otro pedal, que se había devuelto con la violencia de un resorte.

Sentado en la acera se sobaba el golpe que le había arrancado lágrimas, cuando vio acercarse los zapatos amarillos del hermano. Una vueltica, Roquil. No tuvo tiempo de negársela. Cuando levantó la vista ya los zapatos amarillos se perdían en la distancia en un alocado pedaleo. Los árboles de la Plaza hervían en la vibrante música de las cigarras. Amarrado a un cercano horcón, dormitaba un burro. Comenzaba la tarde. Una, dos, tres veces entre largas pausas, Roquil oyó las campanitas que se desprendían dando desgadamente las horas desde el reloj de la torre. Las aceras cercanas al templo empezaron a poblarse de vendedoras de dulces, de azafates de fritangas. y de carritos de hielo raspado que ya se preparaban para la procesión de la noche.

Con las primeras luces del alumbrado eléctrico vio Roquil por fin reaparecer el atolondrado pedaleo de los zapatos amarillos. Ayudándolo a sentarse en el travesaño de la bicicleta, el hermano lo llevó hasta la esquina del taller, y allí dijo algo de la comida y des- apareció.

¡Mal presagio! Las puertas del taller ya estaban cerradas. Roquil debió tocar repetidas veces, alternando las llamadas con el acompasado repiqueteo de los dos timbres, único aspecto en que el deporte del ciclismo no era un secreto para él. A las mil y quinientas vio que se entreabría la puerta, y al hombre que se asomaba con cara de haber estado durmiendo. Estada desnudo de la cintura para arriba.

Ah, bueno, déjela ahí, y pague con sencillo que ahorita no hay vuelto.

-Usted pagó una hora; salió a las dos y media de la tarde y ahorita son las seis y veinticinco.

Pero ¿y todo eso no es una hora, pues?

No. Esas son cuatro horas- puntualizó el hombre, sobremarcando las palabras en un insistente movimiento de la mano, con el índice estirado hacia la tierra, como si efectivamente las cuatro horas estuvieran ahí, a los pies de Roquil, y éste las estuviera confundiendo con alguna otra cosa.

La claridad triste de sus ojos quedó un momento detenida en la cara del hombre, como buscando un asidero de comprensión, de simpatía, en la despectiva indiferencia de aquellos rasgos duros, ajenos a toda sugestión amable de la existencia, y por cuyos labios torcidos parecía no haber pasado nunca un resplandor de sonrisa. Desde el interior, el brazo de una persona invisible le alcanzó al hombre una camisa, que él comenzó a ponerse mientras salía. Los pensamientos de Roquil habían ido a perderse allá, por aquellas dulces lejanías en que terminaban las calles del pueblo. El recuerdo de los caminos sombreados de mangos, de aquellas colinas desde cuyas cumbres había contemplado en tantos atardeceres, el momento en que las casitas del pueblo vecino comenzaban a encender sus luces, le

llegaba desde lejos como un refugio misericordioso en sus tribulaciones.

El miedo no le dejaba fuerzas para zafarse de la dura mano del mecánico que lo hacía por la muñeca y lo arrastraba pueblo arriba. Además, en medio de todo lo serenaba la idea de que el respeto a las llagas del Señor lo salvaría de la paliza que en cualquiera otra ocasión le hubiera aguardado en la casa. Josefa le pagaría al hombre, pensaba Roquil, y en cuanto a su arreglo de cuentas con el..., seguramente la cosa no pasaría de quitarle los pantalones y dejarlo hasta la media noche arrodillado en el corredor.

Pero las cosas sucedieron de otra manera. Cuando llegaron a la casa, Josefa terminaba de secarse los pies para ponerse los zapatos. Ya la niña estaba con su traje de tafetán, y con su pedacito de mosquitero acomodado en la cabeza, esperaba que la madre acabara de arreglarse para la procesión.

-A mí no me vengan a meter en ninguna cuestión de bicicleta; si usted se metió con muchacho, arréglense ustedes y déjenme quieta a mí. Ya yo estoy obstinada de meterme en vaina de muchacho, contimás de ese bandolero que lo que hace es buscarle mortificación a una, ¡con su mariquera todo el día en la calle! Fue la andanada que sin tomar resuello le espetó Josefa al hombre, mientras se incorporaba sobre los zapatos ya puestos, y tendía sobre unas matas del patio el enchumbado trapo con que acababa de secarse.

Todavía sujetando al muchacho por la muñeca, el hombre volvió sobre sus pasos sin decir palabra. De una bocacalle vieron aparecer un policía que caminaba hacia la Plaza, todo incómodo dentro de su caluroso uniforme de gala.

-Agente, hágame el favor.

Cuando Roquil, entre el acusador y el gendarme, volvió a ver el centro del pueblo, ya la plaza estaba atestada de gente que daba vueltas por las avenidas o se sentaba en los bancos, en las aceras, en la escalinata de la iglesia o en el pedestal de la estatua, listo todo el mundo con su caja de fósforos y su vela nueva para encender- la apenas se viera aparecer el santo por el portón mayor. Con sus manoseados fusiles entre las piernas, cinco policías aburridos, a los que el uniforme de gala les infundía un vago aire de "judas" rurales, custodiaban la casa de la Jefatura sentados en taburetes a lo largo de la acera. De pie junto a la entrada estaba uno zambo y corpulento, con una cicatriz en el pómulo, realzada su figura de prócer de monte por el espadón que tenía en la mano. Cuando los vio venir, el prócer creyó que el arrestado era el hombre de las bicicletas. Pero rectificó al advertir que a quien el agente traía agarrado era a Roquil. Midió un momento con la mirada la estatura del preso, escuchó brevemente la historia de la bicicleta (la que el hombre le contó acompañando a cada paso la relación con un relamido "Mi oficial"), y cuando lo hubo comprendido todo ordenó con fastidio: Páselo.

Lo encerraron en un amplio salón embaldosado con panelas de ladrillo, que en otro tiempo había sido "Sala de Banderas" de la Jefatura. La pared mostraba todavía la huella de una ventana que en épocas daba hacia la calle, y que había sido condenada. La única que tenía ahora era la que se abría sobre el patio, un patio asoleado, con el cemento manchado por salivazos viejos de mascador de tabaco, y en uno de cuyos rincones se oxidaba la selva de bicicletas durante muchos años acumulada por los decomisos de la Inspectoría de vehículos.

Las panelas del piso rezumaban una humedad que olía a culebra, a trapos viejos, a cosas tristes. Y vastas zonas de la pared, a la que todavía se veían pegados viejos avisos oficiales, aparecían

cubiertas por una especie de felpa mineral, blanquecina, cuyo sabor producía un extraño picor en la punta de la lengua.

El patio comunicaba por una puertecita con otra zona del fondo del edificio, a través de la cual le llegaban a Roquil los llantos de las mujeres, los gritos de loco, las risotadas y las voces de "¡Ordenanza!", en que se adivinaba la vecindad de otros presos. ¡Preso! La idea lo sobrecogió de extraña manera. Tendió la vista alrededor, y se preguntó si tendría que dormir aquella noche sobre aquellos ladrillos húmedos, casi mojados del piso. Ahora oía, viniendo desde la calle, el gran abejorro del primer rosario, anunciador de que la procesión se ponía en movimiento. Volvió a pasear la mirada por el vacío salón. ¿Hasta cuándo lo irían a tener ahí? De pronto oyó que el uniforme runrún del rosario degeneraba en la calle en una de gritos y carreras. Había empezado a llover. Vio cómo el patio se recamaba a toda prisa con las amplias medallas de agua que súbitamente había empezado a lanzar el cielo de verano. Pero los bulliciosos goterones cambiaron pronto en una lloviznita llorosa que enfrió la noche y acabó de hacérsele más triste al pequeño preso. Roquil recordó que no había comido y sintió grandes deseos de llorar. Rodó largamente un trueno. Se apagó en alguna parte un bombillo, y todo quedó a oscuras. Arrullado por el agua que descendía musicalmente por el único canalón del patio, se acuclilló en un rincón que localizó a tientas entre las tinieblas, y allí estuvo sollozando y haciendo pucheros hasta que lo derribó el sueño.

Muy en la madrugada, unos golpes de palo policial, dados en el postiguito de la sala, vinieron a despertar a Josefa.

Señora, que si usted es la mamá del muchachito que está en la Jefatura por la cuestión de la bicicleta.

Sí, ¿Qué es?

-Que ese muchacho está llorando, señora, y por más agente que uno sea eso parte el alma.

- ¿Bueno, y yo qué hago?

-Guá, que le mande una cobija, aunque sea, señora, y algo de comida, porque ese muchacho tiene hambre.

Pues no señor. Yo le agradezco mucho a usted por la molestia, pero yo no le voy a mandar nada, para que aprenda desde chiquito que el sinvergüenza Dios lo envaina.

Por la mañana Roquil despertó con las carnes llameantes de fiebre. El aire, al respirar, le producía el dolor de un cuchillo que le hundieran en los pulmones. Envuelto en uno de esos capotes negros destinados a los días de lluvia, dos policías lo sacaron por orden del Jefe Civil, y en la camioneta utilizada para enjaular a los detenidos, se lo llevaron a Josefa.

Ahí tiene, carrizo, ahí tiene las lavativas que usted le consigue a uno por estar de bandolero por ahí. ¿Ahora qué me hago yo con usted en una cama y sin centavo?

Recogiéndose el moño con una peineta, fue en carrera a buscar al médico, para encontrarse con que éste había salido, desde el Domingo de Ramos, de cacería con el dueño de la "Botica La Unión de Aragua", el Secretario del Juzgado y otras prominencias municipales.

Una vecina aconsejó cataplasmas de mostaza en la espalda, otra recomendó un baño con agua de diversas ramas para bajarle la fiebre, la de enfrente trajo el resto de un frasco de jarabe guaya-colado, con el que a ella le había ido bien cuando la agarró aquella gripe complicada con arrojadera, que el año anterior había azotado al pueblo, y a la que los bromistas, dada su condición de enfermedad doble, habían consagrado con el nombre de "El Beso". Pero Roquil no reaccionó. La pulmonía prosperaba

rápidamente en aquel cuerpo delgado, huesoso, que parecía inventado especialmente para regalárselo a la muerte. A las cinco y media de la tarde empezaron a vidriársele los ojos. A las siete de la noche ya no respiraba.

Acostado en una cajita blanca, suministrada también por la proveidez mercantil de "Miss Atamaica", lo enterraron el Domingo de Resurrección. El entierro pasó por la Plaza en el momento en que rompían a repicar las campanas del Aleluya. Y Josefa se desgajó en copiosas lágrimas, cuando vio que muchos niños abandonaban el cortejo, para ir en una sola carrera, locos de júbilo y de gritos, a recoger las siete piedritas de la buena suerte.





DECLARACION SUMARIAL

En los tiempos de mi niñez yo delectaba flores; a los diez años ya dominaba perfectamente el arte de ver a algunas gentes llorando en los jardines;

yo conocía a esa edad palmo a palmo los desolados territorios del crepúsculo, lo mismo que los dolorosos nombres de aquellas ciuda-1 des tan enormes y moribundas de balcones, o sea las ruinas últimas de la tarde.

Yo era a los doce años como quien dice un técnico especialista en ponerse uno muy sentimental cuando ve un caballo.

Solía en esa época sentarme a la orilla de un pozo que vivía en el corral de mi casa, allí mirando largamente el agua, sin moverme, veía poco a poco que de mí no iba quedando sino la imagen de un niño pensativo reflejada en el agua, y en esa situación llegaba por ahí algún caballo sediento y se bebía mi niñez con agua y todo.

Lo demás de este cuento es un asunto archisabido.

A los quince años fui empleado de una famosa tienda de modas, con regocijo de todas las muchachas enamoradas que constituían la clientela.

Yo las amaba a todas, y a escondidas

les vendí al fiado y baratísimo el arcoiris por metros

motivo por el cual fui encarcelado por apropiación indebida;

me condenaron pues a pagar en un plazo de mil años el bien ajeno de que dispuse,

más las costas del Mar Mediterráneo.



